DÉ MOLINI

Una historia sobre el amor, la diferencia de clase
y el miedo a ser quien eres

La teoría del primer saque



La teoría del primer saque

Dé Molini

Copyright © 2025 Dé Molini

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A Leo, por ayudarme a creer, prestarme su nombre real y ayudarme a
construir esta historia. A Lucas por estar siempre.

CONTENIDO

1 LA CONOCÍ
2. ESTA SOY YO
3. PREPARANDO UN PLAN
4. LA FIESTA
5. JORGE
6. LU
7. EL GOLPE
8. EL JUEGO
9. LA MESA BENDITA
10. MI PUNTO DE VISTA
11. MUDANZA
12. ENTRE CAJAS Y PROMESAS
13. LOS ENSAYOS PARA SER NOSOTROS
14. EL DÍA DESPUÉS
15. EL SILENCIO ENTRE LOS SAQUES

1 LA CONOCÍ

Las escaleras, como no podía ser de otra manera, estaban llenas de polvo Y no un polvo cualquiera, no. Este era el tipo de polvo que se mete en los pulmones, te envejece cinco años y te recuerda que jamás tendrás casa propia en Madrid. Al parecer las obras nunca acaban cuando vives en Chamberí .A veces pienso que el polvo es un símbolo. La ciudad desmoronándose encima de todos mientras fingimos que no pasa nada, llevo 4 años viviendo aquí y jamás ha habido un día en el que no me encuentre con polvo, peldaños, papel, pintura etc. Hoy toca en mi edificio. La vecina de al lado de mi apartamento está renovando para rentarlo en una plataforma que se llama "er pi en pi", según ella. La señora en cuestión tiene más de 100 años a mi parecer y contribuirá a la gentrificación antes de largarse a su pueblo de Extremadura -el cuál no ha pisado en más de 40 años-. Que quede en su conciencia.
Dejé mi mochila justo al lado de la puerta mientras me quejaba con mi madre porque-de nuevo- el ascensor no funciona y vivimos en un sexto, no me jodas. Mi familia como siempre parecía harta de mis quejas.
— Leonor -esa soy yo-, deberías de agradecer que tienes un techo donde vivir. La situación en Madrid es muy difícil, eres una privilegiada.
— Mamá le llamas privilegio a vivir en 30 metros cuadrados, sin ventanas y una habitación de mierda. — dije mientras arrastraba mis botas por el salón para pasar a mi cuarto.
Mi madre me lanzó esa mirada que te hace sentir como la villana del cuento que ni siquiera tiene castillo, solo un sofá con pelusas.

Quizás antes de avanzar en esta historia debo de decir que me llamo Leonor, tengo 15 años y soy todo lo que una familia patriarcal,

clásica de un pueblo de Cáceres no quiere como hija. Menos mal que tienen otra, Natalia -la menor- una niña perfecta: becas, ballet, buena educación, pelo sin teñir -de mi pelo hablaremos luego- sabe comportarse y sobre todo es heterosexual. Yo no sabía que no lo era hasta hace poco.

— Han vuelto a llamar del Instituto— dijo mi madre.
— Nunca nadie se había interesado tanto por mí, me conmueve— le dije en tono burlón.
Si me abrieran un expediente por cada vez que falto, ya tendría mi propio archivo en el ayuntamiento. "Caso Leonor: la adolescente que simplemente dijo no".
— ¿Es que no piensas acabar la escuela Leonor? ¿Qué tan poco esperas de la vida?
—- Bueno mamá, tú no es que hayas estudiado mucho… — dije mientras me servía un poco de agua.

Pausa dramática. Error fatal. Nivel de sarcasmo: suicida. Mi madre me miró como si hubiera dicho que la Tierra es plana y que además era idea mía.

— Y ya ves, como me va. Si tu padre estuviera aquí— dijo sin terminar la frase porque se le atravesó un suspiro.

Para dar un poco de contexto mi padre no está muerto, ni nos ha abandonado -aún- sino que ha tenido que ir a trabajar a Alemania porque en España no encontraba curro de lo suyo (es informático) . Viene cada 3 meses y mi madre y mi hermana lo echan mucho de menos. Cuando viene a casa es tratado como un rey que se sacrifica para que su familia viva en un cuchitril, perdón, en un apartamento privilegiado en el centro de la ciudad.
Un día antes de que mi padre coja ese avión de Ryanair Munich-Madrid, mi madre se dirige al Mercadona a comprar decenas de cervezas, lentejas, ingredientes para preparar cocido y harina para hacer cientos de arepas que mi padre devorará mientras no quita ojo de la televisión y se queja de la dura vida que lleva lejos de nosotras.

— Mamá, papá podría estar trabajando aquí ganando un poco menos y viéndote todos los días y lo sabes. Lo que pasa es que su orgullo no le deja trabajar en puestos que no sean de oficina. Su mente se quedó en los 90— al instante me había arrepentido de mis palabras pero los ojos de mi madre ya tenían lágrimas.
— No puedo culparlo— dijo mientras se alejaba a la cocina.
— Ya…

Quizás soy muy egoísta pero desde que mi padre se fue a trabajar al extranjero he sentido más libertad, mi madre me juzga mucho menos que él, aunque también lo hace. A veces pienso que mi padre se fue a Alemania para no tener que lidiar conmigo. Pero luego recuerdo que el WiFi de aquí es tan malo que probablemente lo hizo solo por poder ver Netflix en HD.

A veces me pongo a pensar en mi muerte, no sé si todo mundo lo hace pero creo que quisiera que en mi obituario dijese: si he muerto no me lloren. No era feliz aquí.

Mi vida últimamente es un constante hoyo negro. Siento que nada vale la pena. La psicóloga me dijo ayer "búscate en las cosas que amas". ¿Y si no amo nada? ¿no existo?
Quise preguntarle si dormir hasta las tres y escuchar Arctic Monkeys en bucle contaban como cosas que amo. No me atreví. Profesionalismo o lo que sea.

Buah chaval me pongo muy profunda y filosófica. Nadie diría que soy la peor de mi curso. Pero lo soy.

Me vuelvo a presentar: Hola soy Leo, soy la peor de mi clase, mis compañeros no saben que existo, mis tutores tienen como hobbie llamar a mi madre todos los días y concertar citas con los servicios sociales de mi barrio para hacer "seguimiento" de mi situación mental y de mis decenas de faltas a clase. La verdad es que mi situación mental no le interesaría ni al cole ni al ayuntamiento si no fuese por el hecho de tener muchas faltas en los pasados seis meses y la bella amenaza de llevarme a una residencia.

Lo único que me molesta de la situación es que mi madre se pone muy mal. Luego de sus reuniones con los servicios sociales pasa días llorando, suplicándome que asista al instituto. Y esa es la única razón por la que voy de vez en cuando.

Luego de mis días más oscuros,es probable que vengan más pero por el momento estoy bien.

Hubo un hecho muy importante en mi vida hace poco. ¿Sabes cuando ves a alguien y de inmediato piensas: la tengo que conocer?
Me pasó a mi la persona con peor suerte de la Comunidad de Madrid. La encontré de la manera más random y a la vez más común que puedes conocer a alguien en esta parte de Madrid. En un parque. Mis calificaciones no son muy buenas como se puede deducir y para ganar algunos puntos en educación física fui obligada -casi a punta de pistola aunque esto sea una exageración- a participar en un deporte. Elegí volleyball porque nunca se me dio mal. Tanto es así que logramos ganarle a muchos de los institutos de mi zona y nos tocó contra uno de los mejores colegios concertados de Chamberí en la semifinal de primavera.

Ahí estaba ella.Y de repente, todo el polvo, el ruido, las canchas, el sol que pega de más en mayo… todo desapareció. Solo ella. Su uniforme blanco. Sus piernas largas. Y esa sonrisa como si la vida nunca le hubiera hecho daño. Su cabello rubio y suelto. Os juro que el efecto de los rayos de sol en su cuerpo eran los más parecidos a los que puede lanzar Dios cuando envía un ángel a la tierra. Sin coñas. Su cuerpo es un espectáculo y sus ojos… sus ojos verdes que te miran con ternura. No había nada frívolo en ella a pesar de llevar una mochila Prada. Lucia era un ser de luz y la primera chica de la que me he enamorado. Sí, se llama Lucía.
En serio, ¿quién sonríe así en un partido de voleibol? Yo, mientras tanto, estaba sudando olor a frustración y polvorón.

Ese partido cambió mi vida y dio vida a esta historia. Perdimos pero no importaba, cada golpe que daba era solo una excusa para extender el juego y que ella no se fuera tan rápido de la cancha, su

destreza era increíble pero sus mini shorts que movía con tanta agilidad lo eran aún más.

Yo ya sabía desde hace mucho tiempo que me gustaban las chicas pero no que podía dar la vida por una. Sus ojos trajeron a mi vida, deseo, ganas de hacer todo, de comerme el mundo por ella.

Me dio un pelotazo que casi me lleva al otro mundo pero no me importó porque cuando se disculpó pude escuchar su voz diciendo mi nombre. Sí, su voz también era puto angelical. Además nadie me había mirado con tanta amabilidad como ella.
— Leo, perdona tía, no fue mi intención. Lo siento ¿Estás bien?— dijo mientras me daba la mano para ayudarme a incorporarme.
— Estoy bien no te preocupes-Estoy sangrando por la nariz, pero claro, absolutamente bien. Solo he sido golpeada por Cupido y una pelota de voleibol al mismo tiempo.
— Juro que voy a pagar por esto —dijo mientras unía sus manos suplicando por mi perdón como una niña pequeña suplicando por un juguete nuevo– Te invito luego a algo en la cafetería, va?

Solo pude responder que sí con la cabeza mientras caminaba hacia los baños con mis compañeras de equipo para limpiarme un poco.

Lucía cumplió su promesa y me estaba esperando en la cafetería con dos coca colas muy heladas y sonriendo. Pasamos la tarde hablando, riendo. Olvidé por un momento todas mis frustraciones y sentí por primera vez esperanza.

Sus primeras palabras cuando nos sentamos en la cafetería fueron:
— ¿Por qué no había visto a una chica tan guapa en nuestras competencias? (Guapa. Dijo guapa. Confirmamos: estoy muerta. Lucía ha asesinado a Leonor con una palabra de cinco letras). ¿Estabas descalificada el curso pasado? — preguntaba mientras me sonreía.

No fui capaz de decirle que estaba ahí solo porque necesitaba un milagro para sacar nota en deporte. La vergüenza me llenaba

pensando que podía darse cuenta que yo era una fracasada de la vida y que ni estudiaba, ni jugaba, ni tenía hobbies ni ná.
— No exactamente — respondí— tuve un esguince en mi pie derecho y no estaba apuntada.
— Será por eso, conozco a todas las chicas de los equipos de esta zona
—¿Vives cerca? —pregunté para cambiar de tema.
—En realidad no tanto, vivo en Alberto Bosch, Jerónimos, ¿lo conoces?
— Ah sí, claro— mentí.
No lo conocía, pero sonaba a sitio con ascensor funcional y vecinos que te saludan en inglés. Además, mi vida solo transcurría entre Moncloa, Quevedo y ahora el parque de Vallehermoso. Mis ojos no habían visto mucho más. Mis padres no querían gastar en autobús y cuando salíamos era andando, hasta dónde pudiéramos. Un café en Fuencarral, una pizza en princesa, etc…
La lluvía fue nuestra cómplice esa tarde, gracias a ella pudimos pasar varias horas juntas. Conocí sus sueños, gustos musicales, su comida preferida - el sushi, somos tan diferentes hasta en eso-.
La atracción era recíproca. Por primera vez sentí que le gustaba mucho, mucho a alguien y eso es increíble.
Se levantó a comprar unas chuches y las compartió conmigo.
—Es increíble la conexión que siento contigo Leo, es como si estuviéramos conectadas. ¿Sientes lo mismo?--- Dijo mientras ponía un regaliz en la boca.

—Siento lo mismo —dije, y cogí su mano mientras las dos nos acostamos en el suelo de la cafetería que había quedado sola por la lluvia. Nuestros pies se estaban mojando pero nuestras cabezas estaban una junto a la otra, las manos entrelazadas y fue en ese momento en que sentí por primera vez que el mundo exterior no importaba. Solo importaba lo que Lucía pensara de mi.

Y entonces lo dijo. “Te voy a besar, Leo”. Como si anunciarlo hiciera que mi corazón se preparara. No lo hizo. Se me detuvo. Y cuando

me besó, sentí que todo lo que me faltaba de aire desde hace meses volvía de golpe. A veces la felicidad tiene sabor a Coca-Cola y lluvia.

Me dio un beso en la boca con sabor a coca cola que abrió un mundo de posibilidades para mi. La chica más guapa de Madrid, de España y del universo se había fijado en mí. Un coche que se acercaba rompió el hechizo y Lucía se separó de mí de inmediato diciendo:
— Uff, olvidé contarte que mis padres son muy estrictos. Si vienes a los entrenos semanales que hay aquí seguro nos vemos.
Asentí sin saber qué más decir. No quería que ese momento terminase nunca.

—¡Siento lo del golpe! ¡Nos vemos en el entreno! — dijo mientras saludaba de mala gana a la mujer más pija y bien vestida que he visto en mi vida. Supongo que esa era su madre.

La vi alejarse, con el pelo rubio empapado y esa sonrisa que parecía una promesa. No sabía aún que las promesas más dulces a veces también son las que más duelen.

De todas formas quiero volver a verla ya. Yo no estoy inscrita para los entrenos. Jamás me había interesado tanto el VolleyBall ni tenía idea de que le dedicaran tanto tiempo.

Como veis hablo en pasado. Jamás me había interesado pero ahora me interesaba y me dirigía a mi instituto para averiguar qué podría hacer para asistir a esos entrenos.
Tendría que preguntar en coordinación porque, supongo que no es una sorpresa, no le hablo mucho a mis compañeras de equipo que también son mis compañeras de Instituto. Me sé el nombre de 3 o 4. Como mucho.

2. ESTA SOY YO

Supongo que es necesario que conozcáis un poco más de mí.
Creo que ya conté que tengo quince años y que vivo en un cuchitril que mis padres llaman *privilegio*.

Desde que tengo uso de razón no he tenido interés en nada. Miento. Tuve una fijación terrible con *Violetta*, la serie argentina, desde que me topé con Tini en el Corte Inglés de Callao y pensó que yo era su fan. Tenía siete años y salí del almacén convencida de que tenía una amiga artista.

Durante dos años coleccioné todo sobre la serie, fui a los conciertos de Madrid y Barcelona y aprendí todas las canciones. Luego vino *Soy Luna*, y luego *Austin Moon*, a quien también conocí en la FNAC de Callao. Sí, tengo talento para encontrarme con famosos, no para tener una vida normal.

Como veis, mis intereses no van más allá de adorar a artistas de Disney.
Y debo admitir que una vez, antes de los diez, dije que quería ser arquitecta solo para ver en mi madre esa sonrisa de orgullo que, por cierto, jamás he vuelto a ver.

No me gusta la arquitectura. No le construiría una casa ni a mi Monster High favorita.

A veces intento pensar qué me emociona, pero no encuentro nada. Todo está vacío. Todo es oscuridad.

Bueno, salvo una cosa.
Me encanta imaginar un mundo en el que mi padre no existe.

No sé si eso cuenta como hobby o si debería mencionarlo en mi próxima sesión en la López Ibor.

Obviamente, la escuela nunca me ha interesado. Una vez casi me llevan a servicios sociales por faltar demasiado. Mi madre lloró pensando que terminaría en la residencia de Fernández de los Ríos. Volví al instituto solo por no verla sufrir. Spoiler: sigue sin gustarme.

Y, por si no se habían dado cuenta, no tengo amigos.
Mi madre vive en una lucha constante por hacerme socializar. A veces miento y digo que me quedaré con compañeros en el parque, pero en realidad voy sola a fumar un piti.
Creo que mi madre lo sabe, pero las dos fingimos que no. Es nuestra forma de amarnos: con silencios compartidos.

¿Y mi hermana?
Mi hermana vive en un mundo rosa en el que no somos clase obrera, mi padre no es un mierda y mi madre no es una sometida.
Ella es la hija perfecta: la de las notas sobresalientes, la de los ensayos de ballet, la que jamás dice un taco. Se autogestiona sola. Da rabia.

¿Os imagináis que sea ella la que termina con protocolo de suicidio en el cole y no yo? —ok, es broma. Medio broma.

No sé cómo no he repetido curso todavía, pero puede que este sea el año.
Al fin algo que cumpliría las expectativas de mi padre.

—Leonor, ¿qué te trae aquí? —dice Jorge, el chico que ayuda en secretaría.
Pelota certificado. No tiene cura.

Jorge fue mi primer amigo cuando llegué a Madrid. Me ayudaba a estudiar, se pasaba horas explicándome matemáticas y química "para que disfrutara la escuela". *Sí, claro*.
Duró poco. Descubrió que ser mi amigo era socialmente letal. Me

dejó sin nota de despedida. Pero no lo culpo. Yo tampoco habría apostado por mí.

—Eh... hola, Jorge. ¿Sabes algo sobre los entrenos de vóley en Canal? —pregunté, intentando sonar casual mientras evitaba su mirada.

—¿Tú? ¿Entrenar? —me suelta, con esa sonrisa de chico que ya ha hecho su Excel del futuro.
—¿Es para tu hermana? Porque si no, no entiendo nada.

—Son para mí, gilipollas. —Y me arrepiento al instante—. Perdona, ¿sabes algo o le pregunto a otro?

—Estás hablando con la persona correcta, Leo. Pero perdona si me sorprendo... Generalmente no te interesa nada.
—Sí, bueno, la gente cambia —mentí descaradamente.

—¿Sabes que los entrenos no son obligatorios, no? Digo, no vayas a perder tu preciado tiempo…
—¿Vas a seguir hablando o me das el formulario?

Él sonríe con suficiencia y me tiende un papel.
—Tienes que pagar cuarenta pavos y asistir al ochenta por ciento de los entrenos. Aunque ese punto... no sé si es realista contigo.

—¿Y tú sabes lo que no es realista, Jorge? Pensar que tus chistes dan risa.

Él levanta una ceja, divertido.
Odio que parezca inmune a mis ataques.

—Son más estrictos que los del insti. Están subvencionados por el ayuntamiento y por el colegio de pijos.
—¿Colegio de pijos? Pero si solo van institutos públicos.

—Hay públicos y *públicos*, Leo. El Galindo es otra liga.
—¿Beatriz Galindo? —pregunté, intentando disimular el interés.

—Ese mismo. Entre Goya y Serrano. La Milla de Oro no se llama así por casualidad.

Lucía.
Sabía que estaba hablando del instituto de Lucía.

—¿Y qué pasa con ellos?
—Que allí no dejarían pasar ni a tu pelo. —dice, señalando mis mechones rosas.

—¿Qué tienes contra mi pelo, Jorge?
—Nada, yo soy un alma libre, feminista, de izquierdas y creyente del "haz con tu culo un papalote". Pero ellos son... distintos. —Levanta el pin de *Podemos* y sonríe.

—Espero que tu partido exista cuando te toque votar —le dije, y me reí. Él no.

—¿Y qué? ¿Es fácil entrar?
Jorge se carcajea. Se dobla sobre sí mismo.
—Tía, ¿me lo dices en serio? Es un instituto donde los alumnos saben francés, tocan instrumentos y jamás se han teñido el pelo.

—Y aún así me caen peor que tú.

—Usan pseudónimos para los exámenes, ¿sabes? Para que nadie sepa quién eres hasta que te aceptan.
—¿Pseudónimos? Qué... misterioso.
—Sí, como si fuera Hogwarts, pero con uniformes caros y trauma generacional.

—¿Y tú vas a aplicar?
—Siempre quise, pero dudo que te acordaras. Estabas ocupada odiando la vida.
—No odiaba la vida, solo... el álgebra. —mentí.

Nos quedamos en silencio unos segundos.
El sonido del reloj de pared, las voces en los pasillos, y por primera

vez, no me molestó estar ahí.

—Si vas a inscribirte, hazlo rápido. Los cupos vuelan. —dice, mirando las cámaras—. No puedo seguir hablando contigo o me echan.

Y se fue. Así, sin más.
Como si no acabara de abrirme una puerta a algo que ni yo entiendo todavía.

Llegué a casa empapada, pero feliz.
No por Jorge.
Por Lucía.

Mi hermana hablaba de una excursión al Prado y yo solo podía pensar en cómo se vería Lucía allí, entre cuadros de diosas y mármoles griegos.
Y sí, sonaba cursi. Pero cuando alguien te mira como ella lo hizo, te vuelves fan de lo cursi.

—Leo, quita esa cara de tonta y cámbiate de ropa, por favor. —dice mi madre desde la cocina.
Huele a caldo de pollo y hogar.
A mentira piadosa.

—Mañana trabajo todo el día, acompaña a Natalia al ballet y recuerda que si llama tu padre, estoy en el supermercado. ¿Podrás hacerlo?

Mierda.
Los entrenos.

—Sí, mamá —mentí otra vez. Últimamente lo hago demasiado bien.

Natalia se acerca y me mira con una sonrisa traviesa.
—¿Has ganado la lotería? No paras de sonreír.
—Me gustó el partido de hoy. Voy a apuntarme a los entrenamientos. —omito la parte "me he enamorado de una chica

con ojos celestes”.
—¿Te vas a quitar el rosa del pelo por el vóley? Tienes fiebre.

Me ha pasado Lucía, pensé.
Lucía y su forma de mirarme como si yo también valiera la pena.

3. PREPARANDO UN PLAN

Pasé toda la noche preparando mi plan. Cuando tienes una meta tienes que pensar todos los pasos que vas a dar a continuación y yo me pasé 9 horas escribiendo cada una de las cosas que necesitaba hacer:

- *Pintarme el cabello*
- *Acceder a los entrenamientos de VolleyBall*
- *Pedir un formulario en el Beatriz Galindo*
- *Pensar un pseudónimo para mis exámenes*
- *Averiguar el precio de las clases extra de las que habló Jorge*
- *Como diablos aprender francés*
- *¿Debate?*
- *Conquistar a Lucía*

Son muchas cosas, lo sé pero necesitaba ceñirme a esta lista para poder tener una esperanza con Lucía. De pronto ser la peor de la clase me daba vergüenza. Quería que Lucía conociera a otra Leonor, una de la que pudiera estar orgullosa.
Y sí, lo sé. Basar tu autodescubrimiento en una chica con uniforme de Lululemon no suena muy feminista de mi parte, pero por primera vez en mi vida quiero… algo. Quiero ser alguien.

De pronto quería borrar años de absentismo escolar y tener otra oportunidad. Una oportunidad para acceder a la ESO con las mejores calificaciones, una oportunidad para que mis profesores no me vieran con la cara que me ven. La cara de mis maestros no es de decepción -eso ya pasó hace mucho- su cara es más bien de "qué sigue haciendo está aquí" "solo ocupa un asiento más" "solo es un dolor de cabeza más". Vamos lo típico cuando vas reprobando materias, no pones empeño.

Lo admito: CULPABLE. súper culpable. ¿Será muy tarde para cambiar?

Probablemente sí. Pero tampoco iba a dejar que una chica con dientes perfectos y olor a fresa me considerara un caso perdido.

Natalia se despertó a las 5 de la mañana para ayudarme a teñir el pelo y soltó:
— ¿Leo, te gusta alguna chica? es que no me entra en la cabeza que dejes ir tus mechones rosas cuando mamá ha pasado meses insistiendo en que te los quites- Dijo mientras pasaba el tinte castaño por mi cabeza.

— ¿Pero qué dices? es que en verdad quiero jugar al VolleyBall. Me gustó mucho el partido- dije mientras intentaba cambiar de tema.

Me gustó "el partido". También me gustó la chica rubia que me besó detrás de los vestuarios, pero eso ya son detalles técnicos.

Natalia entendió que no estaba preparada para seguir hablando de eso y lo aceptó sin insistir. Le estaba agradecida.

Debo decir que no me considero fea, tampoco creo que sea la persona más guapa del mundo pero no estoy mal. Si me tuviese que describir diría que soy de complexión delgada, alta, piel bronceada -que me encanta- y ojos café claro. Mi cabello es color marrón y creo que una de las cosas más atractivas en mi es mi mentón, tengo un hoyuelo perfecto que se acentúa cuando me pinto los labios. Me encanta mostrarlo y sonreír. Esto me pasa mucho más desde hace unos meses cuando me enteré que pocas personas tenemos el hoyuelo tan marcado en el mentón. No tendré amigos en la escuela pero mi boca es perfecta y por eso sonrío a cada instante aunque se burlen de mi.

A veces me miran raro cuando sonrío sola, pero si tuvieran mi hoyuelo también lo harían. Es literalmente mi única herencia genética útil

Hablando del hoyuelo… ¿Sabéis que es genético? el gen dominante es el que te lo hereda. En mi caso viene de mi padre al que tanto odio. Cosas de la vida. Al menos tendré que darle las gracias por esto.

El trabajo de Natalia con mi pelo digamos que no fue un 10 perfecto. Dejó algunas manchas rosas en forma de luces pero no me molestaban. Mi madre al verme salir a desayunar con mi nuevo look soltó:
— ¿ A quién le debemos este milagro? ¿A quién le tengo que agradecer el favor? Te ves preciosa con tu pelo natural Leo— Dijo mientras me miraba sonriente, con esa mirada de una madre que ve a su pequeña de 3 años peinada y arreglada.

— Mamá es solo por el VolleyBall, tengo práctica más tarde. Por cierto necesito 40 euros para inscribirme a las prácticas —solté esperando un no de su parte pero al parecer mi cambio de look ayudó bastante

—Bueno solo porque han logrado que te quites esas mechas rosadas que no te favorecen para nada. Pero no me pidas más dinero durante la semana, recuerda que no somos ricas— decía mientras sacaba de su monedero el dinero y me lo entregaba.

Nota mental: teñirte el pelo puede ser más efectivo que un milagro. San Judas Tadeo, toma nota.

Mi madre no necesitaba recordarme que no somos ricas, yo diría que no somos ni de clase media. Mamá completa la comida del mes con la ayuda que le da Cáritas cada 15 días: 4 paquetes de pasta, 2 botes de salsa de tomate, 4 kilos de lentejas, muchas cajas de leche y galletas insípidas. Oye que no me estoy quejando… como ella misma dice "es una gran ayuda para poder pagar otras cosas importantes" y supongo que una de esas cosas importantes hoy eran mis clases de VolleyBall.

Salí de casa y acompañé a Natalia a la entrada de su colegio: No estudiamos juntas porque ella está terminando sexto de primaria y

yo estoy en 1ero de la ESO.

La mañana pasó demasiado lenta entre el inicio de las clases y la hora en la que por fin tenía el entreno. Entré al parque y busqué al entrenador. Fui aceptada de inmediato, me puse mi ropa para hacer ejercicio y cuando salí de los vestuarios la ví a ella. Estaba ahí vestida completamente de lululemon, marca que luego supe era cara y exclusiva. Se veía tan guapa. Corrió a saludarme.

— Hola Leo, que ganas de entrenar contigo—me dijo.
¿Entrenar conmigo? No sé si mi corazón o mi autoestima estaban preparados para ese verbo.

Me lancé a besarla pero rechazó mi intento, se hizo a un lado de inmediato y me dijo:
—Aquí no tonta, te espero en el vestuario– dijo mientras caminó hacia él.
—Pero…— no pude terminar de decir nada porque Lucía ya no me escuchaba. Mentiría si no dijera que no es lo que me había imaginado, imaginé que Lucia me veía y de inmediato me besaba en los morros frente a todos y gritaba a los 4 vientos que ahora éramos novias.

Entré en el vestuario y la ví.
— Te estaba esperando-dijo mientras me dio un beso en la boca que sabía a fresas. Lo juro. Quise reclamarle pero no pude, eran más fuertes mis ganas de seguir besándola.

Mientras seguía besándome hacía pausas para decirme cosas:
— Mis padres no saben que me gustan las chicas,no te puedo besar enfrente de todos. Lo siento.
— Pero, ¿vivimos en el siglo 21 o estoy equivocada? Vamos yo flipo Lucía…— Dije mientras ella me callaba con sus besos.

—- Lo sé, no mucha gente lo entiende pero mis padres son demasiado clásicos y la última vez que tuve una novia se encargaron de alejarla de mí. Mis únicas salidas “sola” son a entrenar y al

instituto— dijo mientras seguía— pero estoy acostumbrada, entenderé si no quieres seguir con esto.

—¿Tuviste novia? ¿No te dejan salir? eh… yo si quiero seguir con esto solo que me parece—

Spoiler: nunca terminé la frase. Mi cerebro se apagó justo después del siguiente beso.

Desde ese momento mi vida comenzó a girar en torno a los entrenos de VolleyBall y Lucía. Más Lucía que el Volley debería de decir. Ni mi poca vestimenta para entrenar ni mi poca disciplina hacía que yo faltase un solo día a entrenar.
Llegaba antes que todos y me daba una ducha y luego esperaba a Lucía en los vestuarios, nos enrollabamos, entrenabamos y luego nos quedabamos en la cafetería.
Era como vivir en una peli romántica con presupuesto cero pero con la mejor banda sonora interna del mundo.

Para poder asistir a los entrenos en Canal tenía que hacer cosas que todas las chicas normales hacían. Pero yo no. No sé explicar por qué pero en el último año me había sido muy difícil seguir el ritmo de las clases, prefería morir a tener que volver a ir al siguiente día a la escuela. ¿Las notas? bajísimas. Mi madre pedía a diario a San Judas Tadeo que me cambiara,un milagro para que me gustase estudiar (la escuchaba por las noches).

Supongo que los cambios para bien también se notan pronto. Habían pasado unas semanas y todo mundo comentaba que yo iba a clases TODOS los putos días, entregaba tareas,etc.

Un compañero lanzó en clase el siguiente comentario:
"Parece ser que hay una alumna nueva en nuestro curso, dicen que se llama Leo y que antes había estudiado aquí".
Todos se rieron. Los entiendo. Yo nunca he ido a clase más de dos veces por semana. Es mi religión. Es mi forma de ser o era mi forma de ser.

La verdad sea dicha hacía todas estas cosas porque si no asistía a clases no podía pertenecer al equipo de Voley y a los entrenos en Canal pero debo de admitir que me sentía distinta, que me despertaba con ganas y la recompensa por este esfuerzo era verla.

Lucía. Mi nueva religión. Mi motivo. Mi ruina potencial

4. LA FIESTA

A pesar de ser una relación a escondidas habíamos avanzado mucho. Nos contabamos cosas, nos enrollabamos, comíamos juntas como hoy. Lucía y yo comemos juntas una vez a la semana y luego nos vamos al entreno. Es el mejor día de mi semana.

— Planeo escaparme a una fiesta—-me dijo mientras intentaba, como siempre, seguir besándola.
—Y cómo harás eso si no te dejan salir sola— le dije mientras agregaba
Le dije en tono de reclamo:
— ¿Vas a ir a una fiesta en lugar de escaparte para estar conmigo? Vaya…
Soltó mi mano y comenzó a guardar sus cosas para irse.
—Tenemos que divertirnos tonta, no vamos a pasar toda la vida sentadas en esta cafetería—dijo con su sonrisa angelical mientras caminaba hacia el coche que la esperaba.

Esa fue la primera vez que sentí un dolor en el pecho intenso. Entendí que esa misma persona que amas es la que puede destruirte. Amar es darle una pistola cargada a alguien y esperar que no te dispare. Y sentí que estaban a punto de dispararme.
—Oye, ¿te vas ya? —pregunté, intentando que mi voz no sonara tan dolida como me sentía.
—Sí, me esperan. —respondió sin mirarme mucho.

Su tono era tan ligero, tan indiferente, que me dieron ganas de gritarle que se quedara, que no se fuera a esa estúpida fiesta, que yo también sabía hacerla reír. Pero me quedé callada. Me limité a

verla alejarse. A veces, amar es aprender a tragar las palabras que te están quemando la lengua.

Esa distancia suya tenía filo. Como si cada silencio suyo cortara un poco más de mi tranquilidad. ¿Por qué era tan fácil para ella desaparecer? ¿Y por qué yo seguía esperando un mensaje que probablemente nunca iba a llegar?

Llegó el fin de semana y supe muy poco de Lucía, generalmente era muy escueta para escribir por teléfono. Un par de mensajes de buenas noches, algunos memes, vídeos. Yo quería seguir hablando con ella de cualquier cosa pero había entendido que prefería hacer las cosas así.

Eran las 3 de la tarde del sábado, había acompañado a mi madre al Aldi de Princesa, ayudé a limpiar un poco el apartamento y cuando estaba a punto de terminar mis actividades de buena hija recibí un mensaje de Lucía :
"Estoy sola en casa...¿Vienes? " .
Por supuesto que iba a ir.
Sentí un zumbido por todo el cuerpo. El tipo de emoción que solo dan los mensajes que no deberían emocionarte tanto. Me quedé mirando la pantalla más de lo necesario, como si las letras fueran una promesa.

Me puse muy nerviosa y no podía dejar de sonreír, mi madre lo notó:
—¿Estás de muy buen humor Leo, qué ha pasado, estás enamorada? –era la típica pregunta que hacen los adultos cuando ven que alguien está feliz pero era la primera vez que lo entendía. Sí estaba enamorada, muy enamorada.
—¡Qué dices! —respondí intentando parecer enfadada y agregué — Lo que ha pasado es que tengo un par de amigas en VolleyBall y me gusta mucho, la verdad. ¿Por cierto, puedo salir con ellas esta tarde?

Mi madre me miró con unos ojos incrédulos y llenos de emoción y dijo suavemente:

—Claro que sí, nada me gusta más que mis hijas puedan salir con sus amigas. Pero ten cuidado Leonor, el amor te puede herir.
Amor. Dijo la palabra como si no pesara. Como si no fuera algo que se mete bajo la piel y te cambia la respiración. Yo asentí, pero por dentro pensé: si esto es el amor, que me hiera. Que me deje marcada.
Hice una mueca de desaprobación y me fui a mi cuarto. Sus palabras seguían en mi mente, espero que mi madre no sea bruja y esta no sea una premonición. Pero si el amor puede herir prefiero estar herida de muerte que jamás haber experimentado todo esto que siento por Lucía. "Esto" es demasiado grande, es infinito.

Natalia tenía un armario con más cosas que yo-muchas más- porque hasta que conocí a Lu mi ropa no me interesaba y mi closet solo tenía dos clases de artículos: sudaderas y pantalones vaqueros, cualquiera diría que estaba interesada con cumplir con el estereotipo de lesbiana que vemos en las redes: tomboy con el pelo de colores. Esa era yo hasta hace unos días.

Cuando le dije a Natalia que quería vestirme "guay" de inmediato se puso en acción y sacó toda su ropa, había muchos colores y me puse nerviosa. Entre tantas cosas elegí una minifalda negra y un top blanco, me puse mis converse porque ya era demasiado cambio exponer mis piernas, pero tenía demasiadas ganas de que Lucía me viese arreglada. Me planché el pelo y me maquillé un poco. A decir verdad creo que me veía muy bien.

Mi hermana y mi madre aprobaron mi outfit, cuando vieron el conjunto completo ambas me abrazaron, creo que esto las emocionó más que si me hubiese graduado en algo.

Me miré al espejo con el top blanco y la minifalda negra y por un segundo no me reconocí. ¿Era esa chica la misma que se escondía bajo sudaderas enormes? Quizás Lucía tenía razón. Quizás había más de mí que no conocía.

"Por favor que le guste", pensé mientras me pasaba el delineador. No sé cuándo empecé a necesitar su aprobación, pero ahí estaba: en

cada movimiento, en cada hebra de mi pelo planchado.

Salí de casa y puse rumbo a Jerónimos. Mi madre estaba tan encantada con mi look y con la nueva noticia de que su hija mayor ya no era una ermitaña que me dio dinero para el abono transporte joven y hasta me dio un extra para poder comer algo con mis amigas.

Mentí cuando dije amigas en plural pero creo que era casi lo mismo. Amiga, amor, novia.
Un momento… ¿Es Lucía mi novia? Hemos pasado ya muchos días juntas, besándonos, abrazándonos, morreandonos en los vestuarios, hablando de la vida en la cafetería. No sé cómo responderme esta pregunta pero no quiero pensarlo más.

Pasé por un estanco para comprar mi abono y luego cogí la línea dos con dirección Manuel Becerra. Mi corazón latía muy fuerte mientras veía cómo la gente caminaba feliz en la Gran Vía. Era un día soleado y las calles estaban llenas de gente. Madrid tiene mucha vida y estaba feliz de estar aquí, de haber aceptado asistir a los partidos de Volley, pero estaba más feliz por haberla conocido.

Luego de 11 paradas me bajé en Cibeles y caminé hacia su dirección. De repente me di cuenta que vivíamos en mundos diferentes. Jamás me ha interesado la diferencia de clases pero cuando llegué a su calle lo noté. Los edificios estaban en perfecto estado, todos con un portero físico (y era sábado) muy bien vestido. Bares pijos, señoras emperifolladas, etc. pero nada de esto me preparo para cuando entré en su casa.

Su apartamento no era un piso normal, no lo vamos a comparar porque, sin exagerar, podría decir que mi apartamento completo era más pequeño que su salón. No quise que notara mi sorpresa cuando abrió la puerta.

— Leo, has venido —me dijo antes de lanzarse hacia mí para darme un beso.

Me veía de arriba a abajo. Noté que mi look le había gustado mucho y así me lo hizo saber.

Su perfume me golpeó primero, dulce y caro. Luego su boca, tan familiar ya, tan mía. La besé como si ese beso pudiera borrar la semana entera de silencio.

—Uff, estás guapísima con esa minifalda, te ves preciosa Leo— dijo mientras cogía mi mano y me llevaba a su magnífica habitación.

Nos enrollamos en su cama…

La habitación olía a vela de vainilla y champú caro. Cada vez que me tocaba, mi cabeza gritaba "no te enamores más", pero mi cuerpo ya no me obedecía.
Nos enrollamos en su cama, pedimos comida patrocinada por sus padres que estaban fuera de casa y pensaban que Lu estaba con una amiga. Su casa era un sueño. Pero esto no es lo importante en esta historia. Me sentía muy feliz.
Lu me invitó a la fiesta que tenía esa noche. Sus padres ya le habían dado permiso para quedarse a dormir en casa de Patri, su mejor amiga. Yo no sabía cómo iba a convencer a mi madre porque jamás le había pedido permiso para estas cosas. Lucía tomó el mando y cuando yo estaba a punto de decirle a mi madre que quería ir a una fiesta, ella cogió mi móvil y le dijo que estaríamos en su casa, que yo le mandaría la dirección por mensaje y que sería una noche de pelis y chicas.

Ahora que lo pienso fue en ese momento que me di cuenta que Lucía sabía mentir y muy bien, su mente creó toda una historia en menos de 1 minuto.

No quise pensar mucho en su mentira, quería disfrutar, estar con ella y si eso significaba salir de fiesta pues saldría de fiesta.

Lu me prestó un vestido increíble que hacía que mi cuerpo se viese muy bien, sus amigas me maquillaron y también me prestaron unos

tacones. En cuestión de horas pasé de tomboy a vestirme "normal" a verme realmente atractiva.

Cuando Lucía salió de cambiarse no pude evitar que se me cayera la baba.
Mi corazón se detuvo un segundo. Literalmente. Parecía salida de una película, y yo solo era la extra que la mira de lejos y se enamora en silencio.

Quise disimular frente a sus amigas pero el mini vestido blanco con escote en toda la espalda le quedaba de lujo. Espectacular. No parecía una chica de 15 años, más bien parecía alguien de 19 o 20. Sus ojos verdes resaltaban muchísimo con el maquillaje que le había hecho Patri.

Había escuchado hablar de las mariposas en el estómago pero juro que yo sentí en ese momento que tenía dentro el zoo entero. Podía sentir de manera física que la quería, sentía que mi cuerpo temblaba y solo quería seguir viéndola.
Patri salió de la habitación y Lucía riendo me pidió que le pusiera crema en la espalda. Pasé mi mano por su espalda, si ya se veía sexy sentirla era otro nivel. Tocar su piel y sentirla tan cerca. De repente su vestido cayó al suelo y su pecho estaba frente a mí rozando mi cuerpo. La sentí tan mía, su cuerpo era perfecto sin ropa. Era mucho mejor que con ella. Quería que ese momento se congelara para siempre.

Ella era mi favorita, solo quería verme en sus ojos. Solo quería ver su nombre aparecer en la pantalla de mi teléfono. Ella era mi forma favorita de pasar una tarde. Lu era mi todo.

Mis pensamientos románticos fueron cortados por Patri que decía:
— Tenemos que irnos para mi casa, si te ven tus padres con estas pintas Lu, no creerán que pasarás la noche en mi casa.
— Leo, coge tus cosas, nos vamos a casa de Patri y cuando termine la fiesta puedes salir desde ahí– dijo mientras me dirigía una sonrisa.

Luego de la casa de Patri nos fuimos a una discoteca muy pija que estaba situada por O´Donell cerca de las casas de ambas. Nos dejaron entrar sin problema y se podía intuir que eran habituales en ese lugar. ¿Qué otras cosas no sabía de Lucía? pensaba que en estas semanas juntas la había llegado a conocer como nadie pero me equivocaba.

Olvidé el tema y me puse a disfrutar de la noche.Lucía me había demostrado que era tan mía como yo soy suya. Sino porque tuvo tanta intimidad conmigo hace un momento ¿no? .

Lucía parecía más desinhibida, más feliz. Bailamos en la pista y cogía mi cintura sin miedo a que la vieran, nos besamos varias veces…

— Me encanta que estés aquí—me dijo y agregó —mis amigas se apostaron a que no vendrías.
—¿Soy una apuesta? —pregunté un poco decepcionada.

Lucía se acercó a mi oído y me dijo:
—No seas tonta, eres mía – y siguió bailando junto a mi.

Esas palabras bastaban para mi, no quería saber de sus apuestas ni de sus amigas. Yo solo quería saber de ella, estar con ella. Los demás no me importaban.

Los tacones me estaban matando y tuve que sentarme aunque no quería dejar de bailar a su lado. Fui hacia nuestro reservado y revisé mi móvil. Tenía un par de mensajes de mi madre:
"Leo, si has salido por ahí ten cuidado y manda ubicación recuerda que confío en ti". Ese mensaje en especial me hizo sentir mal. Yo nunca le había mentido a mi madre, no tenía necesidad. Tenía que arreglarlo.

" Mamá estoy bien, no te preocupes. Hemos salido a una discoteca para menores de edad. Espero que no te moleste. Te paso la ubicación."

Me quedé mucho más tranquila pero Lu había visto mi mensaje y me soltó:

— Eres muy tonta, no deberías de decirle que estamos fuera.
Su cara era de desaprobación y de inmediato me vi rodeada por sus amigas que también me criticaban.
— No tengo por qué mentirle a mi madre, no le molesta que salga— dije justificándome aunque en realidad estaba muy molesta con ellas, sobre todo con Lu.

Lucía me lanzó una mirada de enfado y dijo con desdén:

—Mejor me voy a bailar un rato. Sola — aclaró.

Su voz fue un cuchillo. Fría, afilada, directa. Me quedé inmóvil, sintiendo cómo algo dentro de mí se rompía despacito. ¿Por qué dolía tanto cuando era ella quien me apartaba?

Su aclaración no era necesaria, necesitaba dejar pasar un rato antes de volver a su lado, esa noche estaba conociendo a una Lucía que no me gustaba.

Salí a la calle y conseguí un piti. Lo fumé mientras intentaba que las ganas de llorar se esfumen. No era la primera vez que Lucía me decía que era una tonta. Me senté en la esquina, me quité los tacones y escuchaba la música del bar de al lado. Sonaba Traitor de Olivia Rodrigo y me dirán loca pero era una premonición.

El humo me raspó la garganta. Quería que doliera algo más que el pecho. Quería distraerme, apagar la rabia. Pero no había humo suficiente en el mundo para cubrir el vacío que me dejó.

Quizás habían pasado 25 minutos o 30 cuando decidí que era momento de volver a entrar, la busqué por la pista, en nuestra mesa, pero no la encontré. Recorrí toda la discoteca hasta que di con ella. La vi en el preciso momento en el que se besaba con alguien más… se besaba con… un chico.

El suelo se movió. No, el suelo no: mi estómago. Mi mundo. Todo.
Supe en ese instante lo que era el vértigo sin subir a ninguna torre.
"Por favor, no seas ella", pensé. Pero era. Era Lucía. Y yo era la tonta mirando.

No sé bien cómo describir lo que sentí en ese momento. Era como haber subido a un pedestal, a un décimo piso y haber caído rápidamente. Sentí vértigo. Dolor en el pecho.

Patri me estaba viendo desde la otra esquina de la discoteca y se acercó rápidamente para decirme:

— Todos jugamos con fuego, y algunos se queman— señalando a Lucía.

"Yo me quemé entera", quise decirle. Pero solo me salió un suspiro roto. Sentí el calor de las lágrimas antes de notarlas en las mejillas.

Las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos. Mientras su amiga volvía a acercarse a mi oído y me decía:

— ¿Te cuento un secreto? las primeras veces duele pero luego te va a gustar arder.

No pude decirle nada y salí huyendo de ahí. No podía respirar, no podía dejar de llorar. Caminé sin rumbo por O´Donell.

Me vería patética llamando a mi madre para decirle que estaba llorando por una chica, que me estaba muriendo. La única persona a la que podía llamar era Jorge. Y eso hice.

Pasó casi una hora pero ahí estaba. Jorge llegaba en su patinete, se sentó a mi lado en la cuneta. Me abrazó y no dijo nada.

Lloré en su hombro.
El silencio de Jorge fue el mejor tipo de consuelo. Ningún "te lo dije", ningún "va a pasar". Solo su hombro. Y yo, intentando no desarmarme del todo.
Ojalá poder explicarle que no era solo una chica. Era *la* chica.

Y que cuando se fue, se llevó hasta el aire que necesitaba para seguir respirando.

I'm so sick of myself

5. JORGE

No podía dejar de llorar. Al parecer el maquillaje que usé no era waterproof y estaba muy cerca de parecer el guasón. Jorge no había dicho ni una palabra en más de una hora y fui yo quien rompió el silencio.
—Disculpa que te haya hecho venir, Jorge, no tenía a quién llamar. Lo siento soy una tonta–dije mientras seguía llorando.

Jorge me dio una palmadita en la espalda y me dijo:
— Me siento muy honrado de ser tu primera y única opción. Me alegra que te veas obligada a llamarme. No eres tonta, solo supongo que sufriste alguna decepción ¿no?. No quiero meterme Leo, solo quiero que estés bien.

— Estoy o estaba saliendo con una chica y… —Jorge me cortó y terminó mi frase:
— ¿Y la viste con alguien más no? —dijo mientras yo asentía.
— Me voy a morir Jorge— dije mientras me tiraba hacia atrás quedando completamente horizontal en la calle.
— No te vas a morir. Solo te sentirás como una mierda por unos días y luego decidirás qué hacer… ¿Eran exclusivas? ¿Es decir novias formales? — me preguntaba mientras me veía con ojos de detective.
—Nunca lo hablamos, yo pensaba…—dije mientras Jorge, de nuevo, cortaba mis palabras
—Pensar no es lo mismo que conocer la realidad. Parece que tú y la señorita no pensaban lo mismo…
—Vamos, te invito a un lugar muy exclusivo y misterioso—dijo mientras me ofrecía su mano para que subiese a su patinete

eléctrico.

Me subí al patinete y recorrimos Alcalá pasamos por la Puerta y Cibeles y por un momento me sentí en una película romántica que tenía posibilidades de terminar bien. El viento, la madrugada y la compañía me hicieron sentir un poco mejor. Jamás pensé que encontraría en Jorge a un amigo de nuevo.

El lugar lujoso no era ni nada más ni nada menos que el Mcdonalds de Gran Vía. Tuvimos que entrar con el patinete porque según Jorge, es un objeto demasiado preciado como para dejarlo en la calle.

Pedimos 3 órdenes de top fries, 5 hamburguesas de las que antiguamente eran de 1 euro pero que ahora cuestan 1.80€ y dos coca colas grandes.Nos sentamos en la parte de arriba, cerca de la ventana que daba a Montera. Jorge hizo que pasara las siguientes 3 horas riéndome sobre sus historias del insti. Me di cuenta que él también ha estado muy solo todo este tiempo.

Tenía un par de llamadas perdidas de Lucía. No estaba preparada para responder y además me lo estaba pasando bien con Jorge. Estaba disfrutando a pesar del dolor.

—Te llevo a tu casa en mi limusina— me dijo mientras hacía un gesto para que me parase delante de él en el patinete.
— Acepto—le dije haciendo una reverencia.

El viaje por Gran Vía fue increíble, creo que si me hubiesen dado a elegir entre ir en coche y tener esta experiencia me quedaba con esta.
Justo cuando pasamos por Callao Jorge soltó el patinete, abrió los brazos y gritó "soy el rey del mundo". No solo me hizo reír a mi sino a todos los que caminaban por la zona a esas horas. Alguno le gritó "vaya con el Jack, eh". Nos reímos demasiado.

Gracias Jorge.

Pasé las horas restantes de la madrugada del domingo pensando qué hacer. Decidí que igualmente iba a intentar entrar a su instituto pero que no diría nada y seguiría con los entrenamientos. Hacer cosas y pensar en el futuro me estaba dando vida aunque no niego que sigo decepcionada.

Recordé las palabras de Patri sobre el fuego pero a mi no me gustaba jugar y menos quemarme pero tampoco me quería morir de frío.

Ese mismo fin de semana intercambié algunos mensajes con Jorge y hablamos de pelis, nos envíamos memes e hizo que me distrajera un rato.

Era lunes y caminé como si fuera hasta mi insti pero saqué de mi mochila el bono transporte que mi madre tan amablemente me había comprado y cogí un autobús con dirección a Goya. Iba muy poco por esa zona, por no decir que casi nunca y me sorprendió ver el cambio de "ambiente" que existe entre un barrio y otro. Lo primero que noté fue que no había obras, no había ni un solo andamio, ni una sola fachada de un edificio cubierta por una lona. Vaya buena suerte ¿no?.
También me di cuenta en la primera calle que recorrí que no había ni una sola basura tirada en el suelo. Nada, niente ni una sola hoja que pudiese manchar esas calles. Estaba sorprendida.
En una de las esquinas me esperaba Loewe con sus vitrinas impecables y flores gigantes hechas de papel. Quedé impresionada y me sentí muy tonta. No voy a negarlo. Unos cuantos pasos adelante estaba el famoso IES Beatriz Galindo y en su fachada colgaba un letrero que decía "prestigio, fuerza, liderazgo". Todo lo que yo no tengo pensé pero no sé sentía la necesidad de probar, de demostrarle a Lucía que era inteligente y que podíamos pasar más tiempo juntas. Como sea.
Entré a su recepción o secretaría que más bien parecía el lobby de un hotel con ordenadores modernos, pantallas y olor a nuevo. Me causó curiosidad ver que para poder acceder a la zona de las clases,

donde estudian todos los alumnos, tenías que pasar con una tarjeta que abría la puerta en plan acceso al metro de Madrid.

La chica de recepción me vio de arriba a abajo antes de darme información sobre el proceso de admisión al que me iba a presentar. Me dio mis formularios y me dijo que tenía un par de días para completarlo y pensar en un pseudónimo. Todo fue muy rápido y ahí estaba yo sentada frente a Uniqlo tratando de descifrar toda la información que pedían, mirando fechas, agobiada cuando una voz muy chillona me interrumpió:
— Perdona tía, he escuchado sin querer que vas a aplicar a mi instituto— dijo mientras se sentaba a mi lado, no pidió mi opinión pero supongo que las personas son libres de sentarse donde les dé la gana. Por lo menos en España.

Me miraba fijamente y se presentó:
—Me llamo Sandra y estudio primero de la ESO, me parece súper guay que te presentes al examen– dijo.

Debo mencionar que a pesar de llamarse Sandra sus rasgos eran asiáticos. Sandra era pequeñita, pelo negro completamente liso y unos ojos, obviamente, muy rasgados.

—Yo soy Leo— le dije mientras seguía mirando mis papeles con la esperanza de que se diera cuenta que me estorbaba y que se fuera pero al parecer Sandra no entendía de filtros, ni de espacio personal, ni nada.

— ¿Leo de Leonardo?--- preguntó seria, sin reírse. Siempre me habían hecho esa broma pero su rostro en realidad expresaba duda.

— ¿Tu crees que me puedo llamar Leonardo? –dije con ironía.
—- No lo sé, ¿Leo de qué entonces? —dijo intrigada.

—-Vale que no lo dices de coña. Leo de Leonor. Me llamo Leonor— dije con cara de incredulidad ante sus preguntas.

—¡Que guay como la princesa!! — dijo sonriendo.

Que el 99% de la gente diga lo mismo cuando me presento indica que aquí todos siguen muy de cerca a la monarquía aunque quieran negarlo.

Yo siempre asiento cuando me dicen esas palabras "Leonor como la hija del rey", "Leonor como la princesa". La verdad es que sí me llamo Leonor por ella. Mi madre tuvo un embarazo de alto riesgo conmigo y lo único que la mantuvo cuerda durante esos meses fue leer el Hola! y en ese momento la mayor parte de las páginas eran sobre Leonor que tenía 2 o 3 años y acaparaba las portadas con sus fotos, primeros días de guardería, etc.

Es más, mi madre aún conserva la foto que le hizo decidirse por ese nombre: el primer día de colegio de Leonor de Borbón en el Santa María de Rosales. Supongo que mi madre por eso eligió Madrid para vivir, estaba enamorada de la familia real pero eso va a quedar entre nosotros. Jamás pienso contarlo.

—Sí lastimosamente— le respondí a Sandra sin mucha gana.
— Tía tú vives en Chamberí ¿no?--- me preguntó de una patada.
— Eres una cotilla Sandra, pero sí ¿tanto se me nota? — le dije haciendo referencia a mi ropa y mis zapatos desteñidos.
—No seas tonta, es que yo vivo ahí y creo haberte visto pero con el pelo rosa —dijo saltándose todo espacio personal y tocándome el pelo.
— Ah sí, antes tenía el pelo de ese color —dije.
—Que guay podremos venir juntas al insti, no hay mucha gente de esa zona aquí y mucho menos que vengan en autobús.
—¿Cómo sabes que vengo en autobús?---le dije. Me estaba sintiendo un poco ofendida.
—Llevas tu bono en la funda de tu móvil, que es transparente—dijo mientras ponía sus ojos en blanco y hacía muecas.

Sandra hacía muchas muecas, hacía muchos movimientos. Parecía que había tomado cerca de 5 Monsters antes de sentarse a hablar conmigo.

— Dame tu número, te voy a ayudar a estudiar algunas asignaturas —me dijo y en ese momento mi percepción sobre ella cambió. Necesitaba estudiar y todo lo que fuese gratis me venía de puta madre.

Intercambiamos números y nos fuimos juntas a nuestro barrio. Hablamos de todo y nada. Pude saber que estaba obsesionada con las novelas románticas de wattpad y con los chicos rubios. Con todos los chicos rubios. Sandra tenía la capacidad de sacarme información, era muy cercana.
Terminamos teniendo una discusión sobre como Lana del Rey lideraba todo un movimiento feminista sin saberlo y luego de mostrarle muchas pruebas y hacerla guardar todas las canciones en su lista de reproducción Sandra me dio la razón y me dijo que investigaría un poco más sobre ella.

Llegamos al barrio y nos despedimos. Ella tenía piano y yo entreno en VolleyBall pero quedamos en encontrarnos luego. Me sentía contenta. Mi mundo se estaba ampliando y yo no era consciente de que estaba creando lazos importantes.

La escuché hablar con las demás fuera del vestuario. Mi corazón latía a mil por hora. No habíamos hablado desde que la vi besando a ese chico. He tratado por todos los medios de no escribirle, de no responder a su llamada. Necesitaba tener un poco de dignidad.

Llegué antes al entrenamiento para evitar encontrarla fuera. Si algo tenía Lucía era que sus horarios eran muy estrictos y jamás cambiaban. A las 16:30 en el entreno, a las 18:20 en casa, 20:20 cena con sus padres. Yo entendía tanta rigurosidad pero lo que sí estaba comenzando a entender es que nuestros mundos eran diferentes y que quizás Lucía no sentía lo mismo que yo.

Se acercó a mí e intentó besarme. Le grité:
—¡Qué coño quieres Lucía! Eres patética tía… —Me arrepentí de inmediato cuando vi su reacción. Se puso a llorar frente a mi.
— Perdoname Leo, yo siempre trato de encajar y cuando alguien me menciona que me gustan las chicas pues me puedo volver loca y

quiero demostrar que no, mis padres… —no dejé que terminara de hablar.

— Tus padres no estaban ahí Lucía. Estaban tus amigas y yo y por lo que escuché esa es tu forma de actuar— dije sin acercarme a ella.
—Mis padres no son como los tuyos—soltó.
—¿Y cómo son los míos Lucía? — dije con mucha rabia.
—No sé yo te veo y creo que no les causa tanto problema que tu seas lesbiana. Mis padres tienen socios, negocios y amigos que no pueden saber lo mio.
—Mira no sabía que una ventaja de ser pobre es que podías ser lo que te diera la gana. Pero tienes razón, disculpa que me haya metido contigo— le dije muy dolida por sus palabras.
—No quise hacerte sentir mal Leo… — dijo y hubo silencio.
Se abalanzó hacia mí y me besó. No pude contenerme , mi cuerpo y mi corazón lo deseaban con todas las fuerzas del mundo.

Nos enrollamos en el vestuario hasta que sus compañeras de instituto comenzaron a entrar una a una. Yo decidí salir y comenzar a calentar.

Juego como delantera izquierda y debo decir que en las últimas semanas he mejorado muchísimo. Mi escuela quedó descalificada del torneo en el que conocí a Lucía pero pronto venían los juegos de la Comunidad de Madrid en donde aún teníamos oportunidades, se dice que es en este torneo en donde los clubes te ven y quieren que compitas con ellos para el Campeonato de España Cadete (es al nivel que pertenezco por mi edad). Jamás había soñado con una oportunidad en este tipo de cosas y estaba comenzando a ilusionarme.

Hice el calentamiento sola ya que todas estaban-supongo- cotilleando en el vestuario. Corrí, hice abdominales, sentadillas, etc. Luis el entrenador no era de muchas palabras, pero en esta ocasión habló conmigo:
— Leonor, muy buen calentamiento como se nota que has avanzado. Tu juego también ha mejorado mucho. Te felicito— me dijo con su

semblante serio.

—Gracias Luis— fue lo único que pude decir.
— ¿Tu instituto viene a las clasificatorias regionales?--me preguntó mientras me ofrecía una bebida isotónica. Aunque no me gustan mucho la acepté y la abrí de inmediato.

— Sí, bueno es lo que creo, estamos entrenando una vez a la semana— Dije mientras daba un sorbo a la bebida azul.
— Muy bien, creo que merece la pena que algunos clubes te vean, pero no te hagas muchas ilusiones. Generalmente prefieren a chicas que pertenecen a un equipo que siempre va a todas las competencias para que puedan entrenar juntas pero si sigues así igual y les interesas— dijo como si estuviese diciendo lo más random del mundo sin imaginarse que abría ante mí un mundo de posibilidades. Sin saber que yo nunca había logrado nada y jamás había ido más de dos semanas a ninguna extraescolar. Estaba orgullosa.

El entreno pasó rápido, nos dividimos en equipo y accidentalmente le di un pelotazo en la cara a Patri cuando estaba sacando. Lo juro fue un accidente.

Lucía no se quedó esa tarde después del entrenamiento en la cafetería. En el fondo lo agradecía, yo no era tan fuerte como para rechazarla pero sus palabras y actitudes me dolían.

Cuando iba saliendo de Canal me encontré a Sandra y Jorge sentados en una banca en lo que parecía una muy acalorada discusión:

—¿Se conocen? —les interrumpí.
Ambos volvieron a verme y Jorge me dijo:
—Claro que nos conocemos. Cómo no iba a conocer a la única persona inmigrante de este país a parte de Bertrand Ndongo, que es ultra derecha, ultra conservadora y quisiera echar a los inmigrantes de este país aunque se eche ella misma –terminó de decir Jorge mientras a Sandra parecía que le daba un infarto.

— Tu eres el español menos español de este País, vete a Cataluña– dijo mientras iba perdiendo el color. Parecía que Sandra no podía respirar bien.
—Sandra ¿Estás bien? ¿Puedes respirar?---dije preocupada.
Jorge se echó a reír:
—Vamos si está bien, está lista para ir a manifestarse a Ferraz.

Los 3 reímos, pronto me daría cuenta que disfrutaban esas discusiones tan acaloradas.

—Hemos venido a esperarte— Dijo Sandra mientras el color volvía a su cuerpo y continúo- Jorge nos vio por la calle esta mañana y me ha preguntado si nos conocíamos. Le he dicho que podemos estudiar los 3 juntos. No te preocupes que no comenzamos hoy, sólo queríamos saber si te parece bien.
—Sí–dije viendo a Jorge que hacía un gesto de aprobación.
—Tomemos algo y luego nos vamos que mis padres me esperan en casa para que haga las tareas- dijo Sandra con su habitual tono de voz alto y rápido.
—¿Tareas?--pregunté.
— Yo no lo llamaría tareas lo llamaría esclavitud—dijo Jorge mientras Sandra lo golpeaba en el brazo con todas sus fuerzas.

Resulta ser que para ciertas personas- y si, hablo de Sandra- golpear y hacer muecas es una forma de demostrar cariño.

Me tomé algo con ellos y luego caminamos juntos. Es ridículo como de mi tristeza surgió conocer a otras personas y ahora no me siento sola. Llegué sonriendo a mi calle, la sonrisa no me duró mucho.
Mi madre estaba hablando en la calle con Lucía y cuando me acerqué me dijo:
—Hija, tu compañera Lucía te ha estado esperando. Le ofrecí subir pero no ha querido. ¿Por qué te tardaste tanto? -dijo mientras le sonreía a Lucía.

— Hola mamá, al terminar el entrenamiento fuimos con Jorge y otra amiga del barrio a tomar algo. He venido caminando con ellos —le dije mientras los señalaba ya que caminaban del otro lado de la calle

intentando escuchar mi conversación. Lucía también los veía tratando de escanearlos totalmente.

—-Bueno me alegro, os dejo hablar que voy al supermercado.Sube antes de la cena vale Leo —me dijo mi madre mientras cogía mi bolsa del entrenamiento y se despedía de mi "compañera".

—Leo— dijo Lucía cuando mi madre ya se había ido— necesitaba verte…
—Lucía, ¿qué quieres?¿jugar conmigo? ¿Burlarte de mí de nuevo con tus amigas,con tu novio?
—Leo, tú también debes hablar con tus amigos de mi o no soy tan importante? —dijo mientras trataba de coger mi mano.

—Suelta Lucia. Si he hablado de ti. Sobre todo la noche que te vi besándote con ese chico, me fueron a recoger— dije intentando que pareciese que TODOS mis amigos habían ido a por mi. Y la verdad es que no mentía, Jorge había ido por mí y en ese momento era mi único amigo.

Existe algo mágico en conocer gente nueva porque puedes comenzar de cero y ser una persona diferente para ellos. Puedes crear una versión buena de ti misma aunque al mismo tiempo me pongo a pensar que Jorge me conoce desde hace años y no veo en su mirada ni una gota de decepción. No me juzga.

— Leo, yo nunca había sentido esto por alguien. Sí he tenido novias pero no me hacían sentir lo que siento por ti. Mi piel se pone eriza cuando estoy cerca de ti, mira. Compruébalo tú misma— dijo mientras extendía ambos brazos con los ojos cerrados y efectivamente su piel se había erizado.

—¿Quieres subir? —le dije sin recordar que tendría que subir muchas escaleras y vería mi casa. Aunque no me avergonzaba era pequeña pero muy bien decorada por mi madre. Claro que la decoración era de Ikea pero me gustaba.

Entramos a casa y noté en su mirada asombro. Supongo que jamás había estado en una casa tan pequeña, pero eso era lo de menos.

Sus labios se acercaron a los míos y mis manos comenzaron a recorrer su pecho. Sentí latir su corazón. Sabía que me deseaba y yo a ella. Su cuerpo se pegó a mi, sus labios recorrieron todo mi cuerpo y los míos regresaron la labor. El tiempo pasó demasiado rápido y de repente mi hermana abrió la puerta para arruinarlo todo.

Si estaba enfadada con ella ahora había olvidado todo y mientras ella bajaba las escaleras yo seguía recreando en mi mente lo que había vivido hace unos minutos y no podía dejar de suspirar. Pasé toda la noche pensando en eso y sonriendo.

No sé cómo explicar cómo me sentía pero algo en mi había cambiado. Me sentía diferente, más guapa, más atractiva, más feliz. Después de haber estado con Lu me sentía la dueña del mundo. Tuvimos dos semanas de vacaciones pero sus mensajes de amor no dejaban de llegar cada día a cada instante y yo los recibía con muchas ganas y emoción.

"Me encanta como besas Leo"
"Te extraño, quiero seguir besándote"
"Quisiera quitarte la ropa y estar contigo toda la noche"
"Estoy loca por ti"
"Me muero por verte"
"Que se termine esta pausa ya necesito besarte"
Y muchos mensajes más que quizás no debería de poner por aquí. Lucía no podía salir de su casa sola en vacaciones y además aunque hubiese podido se había ido a cuidar a su abuela porque estaba enferma.

Yo aproveché estos días para estudiar con Sandra y Jorge. Resulta que Sandra es la persona más disciplinada que puede existir en el mundo. Bueno, Cristiano Ronaldo y Sandra se disputan el lugar de personas más disciplinadas en el mundo. Así como él dice que entrena todos los días sin importar si tiene lesión, si tiene partido, si llueve, si truena, etc Sandra estudia. Sandra estudia todos los días y tiene un proceso específico para hacerlo: leer todo el contenido, subrayar con un color lo que cree importante, volver a leer subrayar

lo super importante con otro color, luego hacer esquemas, luego memorizar.

Debo decir que en este tiempo juntas desarrollé admiración hacia ella. Su meta es entrar en Ingeniería Aeroespacial en la Universidad Politécnica de Madrid. Lo tiene claro. Clarísimo. Sabe la nota de corte que necesita (muy alta), las habilidades que tiene que desarrollar antes de llegar a Bachillerato y todos los pasos que debe de realizar para lograr todo esto.

Jorge por su parte tenía claro que iba a entrar al ejército y quería estudiar aeronáutica. A primera vista Jorge parece un chico muy frágil. Creo que se debe a que es pequeño y delgado pero es el mejor de todo el instituto de educación física. Hace todos los circuítos, abdominales ilimitados, es cinta negra de karate, hace judo y el tío tiene tiempo para entrenar skate por las tardes.

Yo sentía vergüenza -vaya que raro- no sabía qué quería hacer con mi vida y estaba ahí dándole una oportunidad al estudio porque quería estar más cerca del amor de mi vida. Jorge lo sabía y creo que Sandra ya lo intuía ya que yo hacía demasiadas preguntas.

—¿Oye Sandra qué sabes de Lucía? –dije mientras Sandra me veía con cara de odio.
—¿La que estaba ayer en tu portal? —me dijo haciendo muecas de asco y agregó – Yo que tú me alejaba.
—¿Sabes algo de ella? ¿Cómo es en el instituto? –dije acercándome más.
— Es una gilipollas como todo su grupo. Estudia lo básico, te mirará de menos si no vives en Pozuelo, en el Retiro o en Goya, sus padres le consiguieron un buen trabajo al esposo de la coordinadora de la ESO y Bachillerato por lo que entenderás que…jamás tendrá problemas con sus asignaturas… ¿sigo? –-dijo mientras dejaba sus ojos en blanco y movía el pelo de un lado a otro.
Jorge dijo casi gritando:
—No, no sigas. Basta. Mejor hagamos una pausa y vamos a fotocopiar tus apuntes Sandra, para poder revisarlos luego.

Sandra asintió y yo no pude decir que no estaba de acuerdo con la descripción que había hecho de mi novia. Porque supongo que después de habernos enrollado en mi casa lo mínimo es que seamos novias. Vamos, estoy segura.

Puede decir que mi corazón es más suyo que mío.

Fuimos por las fotocopias y luego Sandra nos invitó a comer comida china en su casa. Estuvimos riendo, bailando y viendo Mamma Mia. Hay amigos que se convierten en tu verdadera familia y yo lo estaba comenzando a entender.

La parte que menos me gustaba de estos días de vacaciones es que mi padre estaba en casa. La vida era tan tranquila sin él. Cuando solo estamos las tres cenamos, vemos una serie y cada quien hace lo que quiere pero cuando mi padre está solo escuchamos quejas, la necesidad de mi madre de consentirle y la exigencia de mi padre de ser tratado como rey.

Cuando nos sentamos a la mesa, él tiene que estar a la cabeza de ella y mi madre tiene que servirle primero a él.

6. LU

Al volver de estas casi dos semanas de vacaciones Lu y yo pasamos mucho tiempo juntas. Era como comenzar de cero.
Me pasaba horas mirándola y pensando que era injusto que alguien pudiera ser tan perfecta y, al mismo tiempo, tan mía. Mía, aunque no hubiera un contrato, aunque todo fuera a escondidas y absolutamente irracional.

Luis, nuestro entrenador, enfermó y tuvimos varios días libres que aprovechamos para ir a comer, pasear por el barrio, ir a su casa cuando no había nadie, ir a mi casa cuando mi madre no estaba. Aprovechamos para amarnos, mucho, en todas partes. Era feliz.

Sentía que no tenía miedo. Me sentía segura de su amor. No sé cómo describirlo.

La conocí más y eso me emocionaba. Supe que en su casa solo se podía comer comida rápida en los cumpleaños y que los viernes cenan sushi, me enteré que son muy religiosos algo del Opus Dei y que van a misa todos los domingos, que sus padres van a terapia de pareja todas las semanas y que no duermen juntos. Lucía es hija única y en ella han enfocado todos sus esfuerzos. Lucía puede tocar el piano, esquiar, montar a caballo, hablar francés, mandarín, inglés. Sabe de etiqueta, modales, hizo ballet.

La miraba y me preguntaba cómo podía existir alguien que cumpliera todos los estándares imaginables de "persona ejemplar" y aun así hacerme sentir como si todo mi mundo girara alrededor de un solo beso suyo

Si sus padres supieran cómo besa. Creo que de todas las cosas es la que se le da mejor. Medalla de oro en largo de beso de lengua sincronizada de 100 segundos.

Juntas caminamos todas las tardes por Chamberí, bajamos por Altamirano y subimos al teleférico. Ese era nuestro lugar seguro. Ya en la góndola Lu cogía mi mano y podíamos ser dos chicas enamoradas.

—No me sueltes nunca—le susurré un día mientras el teleférico se elevaba.
—¿Nunca nunca?—preguntó ella, arqueando una ceja, con esa sonrisa que me mataba.
—Sí, nunca nunca. Prometido.—Lo dije con voz demasiado solemne para estar sonriendo como una idiota.

Uno de los días más especiales fue el miércoles de esa semana. Lu planeó una comida en el Faro de Moncloa, caminamos juntas cerca de la Universidad.
De repente muchas mariposas salieron a nuestro encuentro y Lucía con un reflejo instantáneo mató a 4 o 5 de ellas.
— Asesina de mariposas– le dije.
—Nos estaban atacando- dijo un poco enfadada.
—Eso es lo que hiciste la noche de la fiesta, asesinaste mis mariposas–dije.
— Olvidemos el pasado por favor -dijo riendo mientras tiraba besos al aire y se disculpaba con las mariposas que volaban alrededor.

Reí, pero por dentro sentía que cada carcajada era un pedacito de mi corazón recuperando la esperanza. Su risa tenía la habilidad de borrar todos los errores del mundo.

Subimos al Faro, la luz que hay en ese lugar es espectacular y Lu, Lu parecía un ángel etéreo. Vestida de blanco a 110 metros de altura. De Madrid al cielo.

Debo de decir que siempre he sido muy fría. Jamás había necesitado un abrazo, un beso, nunca había querido tener detalles con nadie y

aquí estaba haciendo cartas, buscando gatitos gordos en el tiger (son los preferidos de Lu), comprando sus chuches favoritas para siempre tener en mi mochila.

—¿Sabes que eres la primera persona por la que haría esto?—le dije mientras le daba una chocolatina.
—Primera, ¿eh?—dijo guiñandome un ojo, como si supiera que era un cumplido que me estaba dejando vulnerable.
—Primera y única… por ahora. -- Mi corazón latía como un tambor de concierto.

Creo que la mejor manera de describir esto que siento es una burbuja. Siento que camino en el aire, que no puedo parar de sonreír y que la vida es increíble.

— Han sido unos días increíbles— dijo Lu, mientras caminábamos cerca del teleférico.
— Es verdad, han sido chef kiss— dije mientras acariciaba sus mofletes.

El pasto estaba un poco húmedo pero no nos importó, teníamos planeado hacer un picnic para finalizar nuestros días libres. Esa tarde nos habían avisado que el coach estaba recuperado y que al día siguiente tendríamos dos horas de entrenamiento.

—Te quiero Leo— me soltó sin más. Jamás pensé que 3 palabras me hicieran la chica más feliz del mundo. No existía dinero que pudiese hacerme más feliz que este momento.

— Y yo a ti Lu—dije mientras procedía a darle un beso con sabor a coca cola muy fría.
No era solo un beso; era un contrato silencioso que decía: "Aquí estoy, siempre, incluso cuando todo lo demás se derrumbe".

Lu tenía un lunar arriba del ombligo a la derecha que me gustaba besar mientras ella me hablaba de series, de cosas de sus padres, de viajes.

En realidad no me importaba de qué me estuviese hablando yo solo quería tocar su cuerpo a cada instante.

Cuando ella me toca me siento segura. Es mi lugar. Ella es mi puerto seguro.

—¿Lu sabes que te di otra bala?--- le dije mientras tocaba su lunar.

—¿Cuál bala? — dijo incorporándose.

— Te estoy dando una segunda oportunidad, una segunda bala porque al parecer la primera no me mató.
¿Vas a disparar?---le dije mientras recogía mis cosas.

—Estás loca. No sé de qué hablas Leo. Nunca quise hacerte daño. Yo no soy como tú. No veo nada de malo en besarme con alguien más.

El mundo se detuvo por un segundo. Literalmente pensé que había olvidado cómo respirar. "Besarme con alguien más"… sus palabras eran cuchillos envueltos en terciopelo

— Vale ok —fue todo lo que pude decir.

Como he dicho antes he mejorado muchísimo en Volleyball y tengo más resistencia. Resulta que soy muy buena y el entrenamiento me está viniendo de p*** m***e. El entrenador al volver me ha incluído en todos los juegos de fogueo que hemos tenido y mi equipo siempre ha ganado.
Mi insti ha logrado mantenerse en la competición y en parte ha sido gracias a mi esfuerzo. ¿Sabéis una cosa? mis compañeras saben mi nombre, saben que existo y toman en cuenta mi opinión cuando repasamos jugadas. Cómo pueden cambiar las cosas cuando se pone un poco de empeño. A veces me cuestiono si seguiría jugando y asistiendo a todos mis entrenamientos si Lucía no estuviera en ellos y me sorprende pensar que sí. Soy feliz jugando, soy feliz cuando toman en cuenta mi opinión. Al fin siento que encajo.

—Oye, ¿te das cuenta de lo mucho que hemos cambiado?—me dijo Lu un día mientras estirábamos después de entrenar.
—Sí… y gracias a ti, básicamente.—Le lancé una mirada y ella sonrió, como si supiera que me había dejado sin palabras otra vez.

Al salir del entrenamiento un cartelito que decía se busca y llevaba MI cara llamó mi atención (y la de todos en el parque). Lo sostenían Jorge y Sandra y no puedo negar que me dio vergüenza pero me dio mucha risa y creo que fue un buen detalle. Sandra gritó:

—Tía, has desaparecido por completo. Nos hemos gastado 5 pavos en el cartel.

— Los chinos cuidan más el dinero que su vida— dijo Jorge mientras el puño de Sandra iba directamente a su estómago. Parecen una pareja que lleva 30 años casada.

—¡Chicos os he extrañado!--- dije mientras los abrazaba a ambos al mismo tiempo.

—Se ha notado— dijo Jorge con tono irónico mientras Sandra asentía.

— Te hemos traído unas guías para que estudies y te pongas al día. Estos días hemos estudiado en la biblioteca y no apareciste— Me decía Sandra con una cara de pocos amigos.

— Lo sé chicos lo siento. Prometo que desde hoy comienzo a estudiar de nuevo. Mi madre me ha dado algunos euros nos vamos al Mac? —pregunté un poco para que esta invitación los hiciera olvidar que estos días no había aparecido.

— No deberíamos de aceptar estos chantajes Sandra pero tengo hambre —dijo Jorge
— Lo aceptamos como pago de las guías no como chantaje. Así todo cambia—dijo Sandra sonriendo.

Me sentía como en una comedia romántica en la que yo era la protagonista, y ellos los secundarios adorables que no paraban de

meterme en líos

No sé por qué. Quizás era el destino que me llevaba hasta ahí pero terminamos subiendo al autobús y llegando al McDonalds de Atocha. Como dijo Sandra, si nos quedábamos en Moncloa nos ibamos a encontrar con todo el barrio.

Tengo que decir que me gusta muy poco la carne y pedí dos hamburguesas solo con queso, es decir solo pan y queso. Jamás me dan bien mi pedido, a veces ponen la carne solo con queso sin pan, a veces solo el pan con la carne sin queso,etc. Y esta no fue la excepción, tuve que esperar demasiado y estaba un poco enfadada. Pero eso no iba a ser lo peor de mi día.

—El novio de Lucía es muy guapo—dijo Sandra. El restaurante estaba lleno y había mucho ruido pero en cuanto ella pronunció esas palabras todo quedó en blanco. Lo único con lo que lo puedo comparar es con un derrame cerebral que le dio a mi abuela el cual describió como " vi todo blanco, no escuchaba ni veía a nadie en el supermercado". A mi no me estaba dando un derrame cerebral. A mi se me estaba rompiendo el corazón.

Jorge intentó callarla pero Sandra -que no sabía mi interés romántico con Lucía- seguía hablando.

— Ese pelo rubio, esos ojos por Dios si él tuviese un poco de interés en los doramas quizás yo tendría esperanzas de besar esos labios— dijo cerrando los ojos.

— Ni aunque le gustase BTS tendrías un 5% de posibilidades— dijo Jorge riendo. Aunque de inmediato cambió su gesto cuando me volvió a ver.

— Lucía no tiene novio— les dije para aclararle las cosas a Sandra.
—¡Claro que sí!---gritó Sandra y añadió:
—- Es él, es Pablo. Lo sé porque la recoge todos los viernes en su moto y además hace 3 semanas tuve que hacer una tarea con ella y fui a su casa. Él estaba ahí— decía esto mientras agitaba su mano saludándolo.

El aire se me cortó como si alguien hubiese apretado un botón de "pánico". Cada respiración era un recordatorio de que mi burbuja había explotado

Él regresó el saludo.

No soy muy buena para las matemáticas pero hace 3 semanas Lucía me había dicho que su abuela estaba enferma y tenía que ir al pueblo con sus padres. No pudimos vernos durante esas mini vacaciones.

Hace 24 horas Lucía me había dicho te quiero. Esas palabras ya no valían nada para mi ahora. Las veía caer en un charco de mentiras. Había vuelto el dolor en el pecho. No podía terminar de creerlo.

Sandra buscaba en su móvil un poco nerviosa y de repente giró la pantalla para mostrarme una foto. Eran Lucía y el chico que estaba sentado a pocos metros de mí.

—Mira—me dijo Sandra —Hace 3 semanas,luego de hacer las tareas ella, su novio y sus amigas se fueron a la casa de él en la sierra.

El cuerpo me temblaba.

—Yo—dije y no podía terminar ninguna frase.
—Yo…
—¿Quieres que le cuente? —dijo Jorge.

Yo asentí.

—Sandra, Leo es novia de Lucía…—dijo mientras buscaba con su mirada mi aprobación.

Sandra gritó. Pablo y todos sus amigos volvieron a ver nuestra mesa haciendo malas caras.

— Tía. ¿Eres bollera? ¿En algún momento te he gustado?--- dijo Sandra y aunque mi mundo se estaba destruyendo no pude evitar ponerme a reír.

—Lo siento Sandra, no me has gustado—dije un poco desmotivada.

—Uff que alivio—dijo mientras Jorge no paraba de reír.

—Lo siento Leo pero la verdad son novios. Y sale con Patri y su novio y los demás muy seguido…

—A mi me ha dicho que no le permiten salir de casa…—dije avergonzada.

— Contigo no la dejan salir. Se le olvidó decirlo. Te dije que en el insti había clases y grupos muy divididos Leo. Sus padres la dejan salir con gente como ellos. Pablo es hijo de los mejores amigos de sus padres.

—Espero que esto no influya en tus planes de cambiarte de instituto Leo. Serías una tonta, al fin tienes una oportunidad de oro de comenzar a crear un buen futuro— Dijo Jorge.

En verdad no sabría ni lo que iba a hacer esa misma tarde. Me estaba dando cuenta, de nuevo, que Lucía solo jugaba conmigo. No entendía completamente por qué.

Jorge me dijo muy bajito:
— Todo pasa. Calma.

Luego, caminando hacia la parada del autobús, me miró de reojo y dijo algo que se me quedó grabado:
—¿Sabes por qué tú no mandas en esa relación, Leo? Porque el primer saque lo dio Lucía.

Lo miré sin entender.

—En el vóley, el primer saque es más que sacar. Quien saca primero marca el ritmo. Decide cómo empieza el partido. Y en las relaciones pasa igual. La persona que da el primer paso, la que dice "vamos a vernos", la que propone, la que besa primero… Esa es la que manda el tempo. Y tú… tú entraste en el juego de Lucía. No pusiste tus reglas. Jugaste con las suyas.

—¿Y eso está mal?—le pregunté bajito, tragando saliva.

—No. Pero duele más cuando pierdes un partido que ni siquiera empezaste tú.

Mi corazón se contrajo en una mezcla de rabia y desilusión. Cada palabra de Jorge era una bofetada con guante de terciopelo, y me hacía entender que, aunque había estado enamorada, había jugado con reglas que ni siquiera eran mías

Ella había sacado primero y yo, sin darme cuenta, solo seguí su ritmo, esperando que alguna vez me dejara marcar mi punto.

Había pasado unos días maravillosos con Lucía y ahora me daba cuenta que había vuelto a jugar conmigo. Le confié mis secretos, mis besos, mis pensamientos y ella lo único que hizo fue venderme una mentira.

Me estaba ahogando.No sé explicar bien lo que sentí aquel día, el dolor venía en algo parecido a olas. Unas olas muy fuertes que me golpeaban y me hundían, me ahogaban.

No podía respirar y llegué a casa con la ayuda de Jorge y Sandra. No hicieron bromas en todo el camino. Se limitaron a hablar un poco de cómo organizarnos para estudiar. Yo no podía hablar. Solo asentía.

Subí los 5 pisos de mi casa tratando de contener mis emociones. Abrí la puerta de mi casa y vi a mi madre sentada en el salón. Cuando me saludó no pude responder solo me lancé a sus brazos y comencé a llorar. Su pecho me dio calor, sus labios se posaron en mi cabeza y sus brazos me rodearon como cuando era pequeña.

No dijo nada. Solo me sostuvo durante mucho tiempo. Sentía sus manos pasar por mi espalda. ¿Mi madre entendía mi dolor? ¿Es que ella había pasado por esto también?Esta era la primera vez en que veía a mi madre como una mujer y no como esa persona autómata que te da de comer, te lava la ropa y te regaña todos los días.

Cuando al fin levanté mi cara de su pecho pude ver sus ojos llenos de lágrimas también. Lloraba conmigo y estaba segura que le dolía el alma como a mi. Se secó los ojos y me dijo:

—Le digo a Natalia que se quede en casa de su amiga. Dame un momento.
Yo asentí. Y ella luego de dejar su móvil en el sofá me siguió:
— ¿Con quién te ha engañado Lucía?
Mis ojos se abrieron como si los hubiese dilatado para un examen del oftalmólogo.
— Mamá qué dices… — dije sorprendida.
— Hija, soy tu madre. He vivido 15 años contigo día y noche. ¿Pensabas que creía que Lucía era solo tu amiga? ¿Te pensabas además que no sé que te gustan las chicas? Leo no me lo creo… ¿Te pensabas que yo creía que te gustaban los chicos?— dijo terminando la frase y riendo a carcajadas.

Sonreí. Jamás pensé que mi madre estuviera tan tranquila con el hecho de que me gustasen las chicas. La había subestimado. Pensaba que su mente era del siglo 18.
Me hizo sentir que podía soltar todo lo que tenía dentro sin miedo a juicio. Y por un instante, por un momento muy pequeño, el dolor disminuyó.

Siempre imaginé que cuando se enterase que era bollera me iba a quemar en una hoguera y yo -en clara alusión a American Horror Story- iba a gritar "Balenciaga" mientras eso sucedía.

— Me engañó con un chico— le solté. — Un chico alto, ojos claros, blanco y pelo rubio. En palabras de Sandra "un dios caído del cielo".

— Uff perdona pero esto ya se sale de mi entendimiento. ¿Entonces Lucía es bisexual?---mi madre hizo una pregunta muy lógica que no se había cruzado por mi mente.

Si a Lucía también le gustan los chicos puede ser que esté enamorada de él. Hasta ahora solo pensaba que lo hacía por cubrir las apariencias pero se abría otra herida. Es probable que Lucía ame

a este chico y a mí sólo me esté utilizando. Pero… ¿Para qué? no puedo darle nada más que mi cariño.

— Mamá yo estoy igual de perdida que tú. Pensaba que no le gustaban los chicos pero…esta no es la primera vez que pasa…

— Hija una vez vale, pero más veces…¿en verdad vale la pena?--- me dijo girando hacia la cocina. Preparó chocolate caliente para las dos y siguió:

—Leo creo que es momento de hablar como dos chicas vamos a dejar de lado el hecho de que sea tu madre. Si perdonas una vez siempre volverá a pasar. Te lo aseguro.

—Papá… —- no pude terminar la frase.

—Sí tu padre me ha sido infiel muchas veces. Aunque no es lo mismo porque yo os tengo a vosotras y antes no trabajaba como para hacer valer mis palabras… —- dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Mamá…— no podía ni respirar.

—Shh, calma. Esto no es para juzgarlo, sino para que entiendas que a veces las personas a las que amamos también nos decepcionan. Y que tú… tú tienes derecho a no permitir que te lastimen. -- su mano acarició mi cabello suavemente.

—Dejemos eso de lado, que esto es sobre ti. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a decirle que lo sabes?¿Te ha llamado? — dijo mirándome fijamente.

—Mamá son demasiadas preguntas. No sé qué haré, siento que me muero… y no me ha llamado. Estará ocupada con "su abuela enferma"---dije irónicamente.

Ella asintió, se acercó a mí y tomamos nuestro chocolate juntas. Quería preguntarle muchas cosas pero no quería dañarla o quizás no quería saber cosas que me harían odiar más a papá.

—¿Es tu primera novia? —me preguntó mi madre mirándome fijamente.
— Mamá no sé si somos novias, al parecer solo soy su rollo. Pero si es mi primera novia o persona de la que me he enamorado.

—Leí por ahí que no hay nada más peligroso que una persona que te haga estrenar tus sentimientos… —dijo sin parar de verme.

Tenía razón. Lucía había estrenado cada uno de mis sentimientos. Había estrenado mis besos, mi piel, mis ganas.

Obviamente yo no me iba a quedar con la duda de saber lo que había pasado entre mi padre y mi madre y le pregunté directamente. Mi madre me hizo prometer que no diría nada a Natalia por el momento y que tampoco le reclamaría a mi padre. Cosas muy difíciles de prometer.

Resulta ser que los engaños de mi padre habían sido una constante durante toda la relación -llevan juntos más de 16 años- y mi madre siempre se lo ha dejado pasar. Justo en ese momento no me cabía en mi cabeza pero ahora que lo pienso mi madre no tenía otra opción. Hasta hace muy poco tiempo mi madre no trabajaba y dependía totalmente de él. Es más, creo que ya lo he contado por aquí. Mi padre no sabe que mi madre trabaja.

El asunto es que mi madre se ha dado cuenta que el señor que me ha engendrado tiene una "vida" hecha en Alemania. Le han llegado rumores (mira que es pequeño el mundo): que si vive en un apartamento de lujo y nosotros en 30 metros cuadrado, que sí lo han visto muy bien vestido y cuando se presenta en casa cada cierto tiempo viene con las peores fachas, que si tiene una novia muy alta y rubia y mi madre… bueno mi madre es guapa pero tiene lo que dan los años, el no cuidarse, no pensar en ella y trabajar y desvelarse mucho.

— Dicen que lo han visto en una bmw y que es de él Leo—decía mi madre con lágrimas en los ojos.

No me sorprendía. El hijo de puta no nos deja ni cruzar la M 30 porque no se puede gastar en transporte…será gilipollas.

—No te preocupes mamá… lo averiguamos ahora—dije mientras cogía mi ordenador viejo y entraba al Facebook de papá. Había recordado que hace muchos meses lo había visto conectado pero en realidad no le había dado importancia ni me interesaba lo que hacía.

Su cuenta seguía conectada y ahí estaba frente a nosotras la prueba definitiva. O debería de decir las pruebas. Obviamente esa era una cuenta de Facebook que mi madre desconocía y en la que tenía unas cuantas amistades y a sus familiares. Sí, su familia sabía de su doble vida. No me extrañaba, siempre había sabido que esa sangre era mala.
Ahí estaban las fotos de viajes a París, Amsterdam, cenas en Munich, actividades varias entre las que se encontraban ir a surfear en el río Eisbachwelle todos los fines de semana.

—¡Vaya vida lleva el cabrón!--- dije con una mezcla de sorpresas, rabia y dolor. Mi madre estaba callada solo seguía bajando en su página viendo fechas, lugares. Mi padre se veía feliz en todas sus fotos. En muchas de ellas salía su "prometida".
—¿Qué vamos a hacer?--- dije con ganas de tener mucho dinero coger un avión y plantarme ahí para escupirle en la cara.

—De momento, vamos a guardar todas estas fotos. ¿Puedes ayudarme a descargarlas y guardarlas en un lugar seguro?--- dijo con su voz temblorosa.

— ¿Pero qué más? Yo que tu me plantaba en Munich mamá y lo veía a los ojos… yo— dije cuando me interrumpió,

—Leo, vamos a hacer las cosas con cabeza. Necesitaba pruebas y creo que con todo lo que tenemos puedo pedir el divorcio pero estoy a punto de convencerlo de cambiarnos de apartamento y si lo hacemos antes del divorcio puede que tenga que pagar una parte de ese piso y no de este cuchitril. Seamos inteligentes —dijo mientras recogía la mesa.

Esto solo me confirmaba que mi madre sabía desde hace mucho tiempo lo que pasaba y se ha estado preparando. Por eso trabaja todo el día, estudia por la noche…

Nunca creí que mi padre fuera un santo o un sùper héroe pero el hecho de que nos tuviera a nosotras tan restringidas en un puto apartamento de 30 metros, sin salir a comer o siquiera salir de nuestro barrio y él se diera una vida diferente me jodía. Me jodia mucho.

Yo tengo mis propias movidas -y engaños- pero ver a mi madre así me hizo verla diferente.
Hablamos mucho, toda la noche, vimos series, lloramos juntas y creo que podría decir que curamos algunas de nuestras heridas.

7. EL GOLPE

Era sábado, 10 de la mañana. Tenía 18 llamadas perdidas de Lucía, 20 de Jorge y 12 de Sandra. Había tenido una noche muy larga hablando con mi madre y descubriendo cosas de mi padre. No me había despertado tan tarde como para que todo el mundo estuviese llamando. Revisé mis mensajes, el primero hizo que saltara de la cama:
"La china vino a reclamarme que te esté engañando. No entiendo por qué has contado lo nuestro y menos entiendo que se lo cuentes a esa. Lo nuestro era un rollo"
Mi corazón dio un vuelco como si alguien hubiera pulsado un botón de "pánico" dentro de mí. ¿Un rollo? ¿Yo solo un rollo? Mis manos temblaban mientras sostenía el teléfono, y la habitación parecía encogerse a mi alrededor.

Mi mente se quedó en blanco. Tenía demasiado que procesar. ¿Está hablando de Sandra? ¿En qué momento se vieron?. Le llamé a Sandra:

— Hola Sandra, estaba dormida he visto tus llamadas ahora— una voz de hombre y que me hablaba en lo que creo que era chino me respondió. No entendía nada pero notaba que la persona que me hablaba estaba enfadada. Corté y le marqué a Jorge:

— Joder al fin respondes— dijo muy exhaltado.
— Le han pegado una hostia a Sandra. Ha sido Pablo porque Lucía le dijo que la estaba acosando.Todo pasó en un evento que había en su instituto. Los padres de Sandra lo vieron todo y quieren denunciarlo. Muchos lo grabaron— dijo hablando a mil por hora.

—Para, para—dije gritando—¿Cómo que Pablo le pegó a Sandra? ¿Dónde están? —dije para acercarme no iba a permitir que un gilipollas tratara mal a mi única amiga.

— Sandra está en su casa ahora mismo, no creo que la dejen salir. Me ha dicho que tengo que esperar a que sus padres se calmen. Nos veremos por la tarde en Moncloa. ¿Te vienes?---dijo exaltado.

—Claro que sí. ¿Pasas tocando en mi portal? estaré esperando— dije.

Me fui a entrenar sola al parque. Tenía partido al día siguiente y necesitaba entrenar pero también sacar toda mi rabia con la pelota.

Tenía tanta rabia dentro…¿Por qué había dicho eso Lucía? ¿Qué se creía ese gilipollas para pegarle a MI AMIGA?. Le pegaba a la pelota sin parar. Nunca había sacado mejor. Sentía que volaba en la cancha a solas.

Mi madre me había dicho algunas palabras ayer que seguían resonando en mi.. "Su desprecio fue la mejor cura para dejar de quererlo" me dijo.

Ahora mismo solo pido que yo pueda dejar de quererla. Que pueda dejar de pensar ella. Maldita la hora en la que la conocí.

Bajé a mi casa a ducharme y Jorge llegó a recogerme a los pocos minutos. Su cara era de tristeza y rabia.
—Ese pijo de mierda tiene que pagar- me dijo al solo verme. ¿Tú sabes que yo soy cinta negra? - me dijo mientras me mostraba sus músculos.
— Todos en el insti lo sabemos Jorge. Pero también sé que Pablo te saca una cabeza y que si te metes con él vendrán a por ti — le dije mientras comparaba mis biceps con los de él.
— Joder, Sandra estará mal. No creo que llegue —dijo Jorge negando con la cabeza.

Bajábamos por Arcipreste de Hita cuando vimos a Sandra parada en la esquina del ayuntamiento levantando una mano (vendada) y

sonriendo mientras en su cara se marcaba un morado del tamaño de una manzana.

—¡Eh chicos! ¿Cómo me veis? ¿a que mola el look? — decía con una sonrisa mientras cerraba su ojo y dejaba ver toda la circunferencia morada.
La abracé. Nunca había abrazado a una amiga, bueno es que nunca había tenido una.
— Tía lo siento mucho Sandra… ¿Podrás perdonarme? - le pregunté.
— ¡Pero qué dices Leo! Esto no es tu culpa. Es culpa de la gilipollas de Lucía y de Pablo. Tú no hiciste nada. Además gracias a esto ahora mi padre quiere llevarme en la moto todos los días al insti. No tendré que caminar.

— Vespa dirás… -interrumpió Jorge.
— Es una moto tonto.

Nos dirigimos a nuestro lugar de confianza, a nuestra mezquita, a nuestra guarida: el Mcdonalds de Moncla. Subes las escaleras, giras a la derecha, caminas hasta el fondo y la última mesa es la nuestra. Siempre y cuando no esté ocupada claro.

Sandra nos contó la historia a su manera. Casi casi incluye un dragón y un príncipe que la rescata en la narración. Pero lo que sí era real es que la rodearon en el patio de su instituto, sin importar que era un día familiar y estaban todos los padres ahí. Pablo y todo su grupito comenzaron a increpar, Lucía se reía de ella.. La rodearon, la molestaron, la grabaron. Ojalá este bullying no quede impune. ¿Cómo puede una persona tan guapa y tan dulce -cuando estamos a solas- como Lucía prestarse para estas cosas?

Nos hicimos unas cuantas selfies con el morado como protagonista y luego llegó su padre a recogerla. En la vespa. Perdón, en la moto.

Luego de ver a mis amigos estaba un poco más tranquila pero sabía que tenía que hacer algo para sacar la rabia que tenía dentro. No dejaba de pensar en el partido

Estoy enamorada de Lucía pero no soy gilipollas y solo había una forma de hacerla pagar. Ganando con un equipo al que nadie le tiene fe: el mio.

Estaba lista. Mi juego había mejorado mucho en este tiempo y el dolor que sentía me hacía sentirme superior. Creo que el espíritu de Cristiano Ronaldo me había poseído. Y estoy segura de poder ganarles aunque me pongan la red a 2.43 metros de altura.

8. EL JUEGO

Esperaba con ansias este partido. Sandra, no pudo venir, sus padres aún están molestos pero en la grada está Jorge y dice que seguramente le retransmita todo por videollamada. Están mi madre y Nata. Todos mis compañeros del insti y cuando me han visto pasar todos me han saludado. Jugar voleibol mola. Este es un partido clasificatorio pero también es contra nuestras archienemigas: las del Beatriz Galindo.

Al llegar a la cancha vi a Lucía a lo lejos. Estaba rodeada por sus amigas y por Pablo. Tenía ganas de hacer un escándalo. De gritar enfrente de todos que es una bollera de manual y que me ha hecho el amor muchas veces. Menuda gilipollas.

Nos armamos en un 5-1, con nuestra colocadora estrella repartiéndonos balones como una jefa. El partido arrancó intenso. Ellas ganaron el sorteo de saque, y Lucía fue la primera en tocar el balón. Obvio. Siempre quiere empezar mandando. Lo noté. Y como dijo Jorge hace unos días, el que da el primer saque impone las reglas.

Pero yo hoy no estaba para obedecer.

En la primera jugada importante, clavé uno de los remates cruzados más espectaculares que he hecho en mi vida. Línea perfecta. Punto limpio. La grada gritó. Estaba motivada. Quería destruir.

El primer set fue reñidísimo. Punto a punto. Nosotras rotábamos bien, defendemos bolas imposibles y Lucía, desde su lado, no se quedaba atrás. Su ataque por zona 4 era letal, especialmente

cuando iba en combinación con su central. Pero yo le leía el cuerpo. Sabía cuándo se iba a lanzar y cuándo solo fintaba.

Conseguí un bloqueo directo contra ella. El balón cayó justo a sus pies. Me giré a mirar a Jorge y levantó el puño como si estuviéramos en un partido de Champions.

Íbamos 22-22. El balón venía alto, por el centro. Pedí el ataque. "¡Mía!", grité, y di un remate en suspensión que entró como cuchillo en mantequilla. 23-22. En la siguiente jugada, Lucía hizo un saque en salto que nos complicó, pero nuestra líbero —Ana, mi compa favorita últimamente— salvó la bola con una recepción casi imposible. Volvimos a construir y rematé una diagonal corta que nos dio el set point.

Ganamos el primer set 25-23. Me temblaban las piernas, pero de pura emoción.

Segundo set: ellas cambiaron de táctica. Comenzaron a buscar mis puntos débiles. Me hicieron dos aces seguidos. Me entró la rabia, y justo después, en un saque, el balón salió disparado y le dio de lleno en la cara a Lucía. Ups.

Se supone que cuando golpeas a una del equipo contrario tienes que ayudarle a levantarse y pedirle disculpas. Me acerqué, le tendí la mano y le dije al oído:
—¡Esto es por Sandra, gilipollas!
La venganza es tan dulce. La estaba saboreando por primera vez.
Quedó todo grabado. Jorge tenía un perfecto documento visual para mostrarle a Sandra y que sepa que la hemos vengado.

El segundo set lo perdimos 18-25. Me frustré, sí, pero no me rendí.

Tercer y último set. A 15 puntos. Todo o nada.

Lucía volvió a sacar primera. Tenía los ojos encendidos. Respondí con un remate tan potente que una de sus jugadoras no alcanzó a reaccionar. Luego ella clavó un punto por zona 2 que nos dejó tiesas. 3-3. Después 6-6. Luego 9-9.

El marcador era una locura. Nadie regalaba nada. Cada balón era como una guerra de titanes.

En el 13-13, el balón vino alto, una bola de esas que no sabes si vas a matar o a estrellar en la red. Me lancé. Salté como nunca, sintiendo las piernas como resortes, clavé el balón con un remate cruzado brutal. 14-13. Match point.

El estadio (vale, el polideportivo) vibraba.

Lucía pidió tiempo muerto. Sus compañeras la rodeaban. Desde lejos me miró. Yo la miré de vuelta. Aún la amaba. Pero también quería ganarle. Quería que le doliera.

Volvimos. Mi colocadora me susurró:
—Te la voy a dar a ti, Leo. Acábalo.

El balón vino rápido. Perfecta la recepción. Me preparé. Salté. Lucía se posicionó en bloqueo.

Y entonces… ¡pam! Fingí el remate, hice una finta suave, delicada, perfecta, que cayó justo detrás del bloqueo. Nadie la tocó. Silencio. Y luego gritos.
15-13. Ganamos.

Me tiré al suelo. Grité. El corazón me explotaba de emoción. Me abrazaron. Mi madre lloraba en la grada. Jorge levantó el cartel de "Eres nuestra MVP".

Hice el típico "SIUUUU" de Cristiano Ronaldo. Tenía tanta adrenalina que podía flotar. Este capítulo de mi vida se llama: venganza.

Mi madre estaba muy emocionada y Natalia también. Fui a cambiarme para poder ir a celebrar. Mi madre me había prometido ir a un lugar muy especial si ganábamos. Suponía que estaba hablando del VIPS.

Al entrar a los vestidores la vi sentada junto a mis cosas. Intenté darme la vuelta pero soltó un:
— Leo eres una gilipollas.

Tuve que acercarme. Sus amigas estaban cerca. Mis compañeras me veían. Caminé rápidamente, la cogí por la cintura y la besé. Frente a todas. Lucía se quedó paralizada pero yo conocía tan bien sus labios y su cuerpo que sé que no se quería resistir.
—Tu eres la gilipollas— le dije mientras alejaba mi boca y mis manos de su cuerpo.
— Mira que decirle al tipo con el que me engañas que mi amiga te acosa. Que bajo caíste Lucía—dije con mucho dolor.

Sus amigas nos veían con horror. Por sus caras creo que jamás se esperaron que Lucía tuviera una novia. Sólo un par sabían sobre su vida secreta y no estaban ahí.

—Te has confundido Leonor. Dices que soy tu novia…¿Ahora también dirás que vives en un chalet en Pozuelo cuando vives en un cuchitril? — dijo con cara de quien le hablaba a su esclava.

— Vaya cuando estábamos en tu cama no sentí que le tuvieras asco a los pobres— le dije sonriendo mientras me quitaba la ropa enfrente de todas. Si algo me había dado el equipo era un bronceado y culo de puta madre. Me sentía una diosa. Además por fin podía mostrarles a todas el tatuaje en las costillas que me hice a los 14 años "born to die" se lee y es en honor a la única diosa musical de este siglo: Lana del Rey.

Mis compañeras se acercaban más y más. Era su forma silenciosa de decirme que estaban conmigo. De repente tenía a todo el equipo de mi insti al lado mio y a las perdedoras no les quedó de otra que retroceder. Tenía una tribu. Tenía un respaldo.

El subidón no me duró mucho. De camino a la comida de celebración con mi madre y Natalia estaba que me tiraba en las banquetas a llorar. La necesito a ella aunque sea insoportable. La quiero aunque me haya humillado. ¿Sabes cuando estás súper enamorado y eres correspondido como se sienten esas mariposas en el estómago? Pues yo las sentía tan vivas, tan fuertes y hoy al besarla no sentí nada, sentí tristeza.

Me sentía empoderada pero al mismo tiempo triste. Conocer a Lucía y enamorarme me lo había dado todo. No solo a ella. Me había dado amigos, equipo, me había acercado a mi madre y me había dado metas. Lástima que sea una cruella de manual.

Debo decir que esta era la primera vez que celebraban algo mío desde que me bautizaron. Cuando llegó el momento de hacer la primera comunión mis padres me llevaron religiosamente a todas las clases de catequesis pero cuando fue el momento de desembolsar la pasta para el vestido, velas, el pago de la iglesia dejaron de ser católicos por arte de magia. Nuestros cumpleaños los celebramos con una tarta del mercadona y se acabó.
Así que esta vez me sentí como una reina cuando mi madre me dijo que el lugar en el que íbamos a celebrar era El Olvido, un lugar muy muy cuqui cerca del Bernabéu. ¿Cómo lo conoció mi madre? ni idea pero al solo entrar el olor a patatas fritas y bacon me hizo salivar. Nos sentamos y pedimos unas salchichas impresionantes para comenzar. Veía sonreír a mi madre genuinamente. Muchas veces nos hace bromas, se ríe con nosotras pero sabemos que cuando se encierra en su habitación su luz se apaga y comienza a darle vueltas a todos los problemas de adulto.
Hoy la veía sentada haciéndonos fotos a Nata y a mí, diciendo que le encantaron mis jugadas y que quisiera venir a verme a más partidos.

¿Cuál es vuestra comida favorita? para mi siempre será el sándwich de queso aunque lo quiten de la carta. Siempre lo pediré en cualquier lugar al que vaya y en el Olvido no era una excepción. Me lo sirvieron con patatas y una banderita de España sobre el pan. Amé.

Volvimos a casa pronto porque mi madre tenía que estudiar. Una de las cosas típicas de mi madre es que lleva años haciendo mil cursos sobre marketing pero jamás le sirven de nada. No ha podido conseguir trabajo en ningún lugar.

Había ganado un juego y me sentía muy bien porque, a pesar de no poder ayudar a Sandra cuando fue atacada por ese troglodita, la

había vengado. Había jugado tan bien que hasta el propio entrenador del Beatriz me felicitó, las compañeras de Lucía también. Jamás me había sentido tan reconocida.

No voy a negar que es un sabor agridulce. A pesar de que veo que Lucía es una pequeña arpía no puedo dejar de pensar en ella. ¿ Cómo le digo a mi cuerpo y a mi mente que deje de pensar en ella? ¿Cómo evito ver a cada instante mi móvil para darme cuenta que no hay ningún mensaje de ella?. Por el momento he pasado el domingo tirada en mi cama escuchando a Gracie Abrams. I love you. I´m sorry ha sonado en mi Spotify más de 50 veces este día.

Mi cama, mi habitación siempre ha sido mi lugar seguro. El sitio en el que puedo soñar, pensar, aislarme de todo. Mi habitación ha evitado siempre que me enfrente a la realidad: un padre ausente, una madre infeliz, una hermana perfecta, un apartamento con moho, problemas en el cole, soledad, mucha soledad. Hubo una época de mi vida - poco antes de conocer a Lu- en la que mis padres tuvieron que comprarme otro colchón porque el mío lo había hundido de tanto pasar acostada. ¿Mi record? 3 meses y medio en cama levantándome solo para alimentarme e ir al baño. Nadie podía sacarme de aquí, los profesores llamaban constantemente, mi madre acudía a citas de los servicios sociales de Chamberí, porque -obviamente- nadie podía sacarme de mi habitación para asistir a clases. Ni el llanto de mi madre, ni los gritos de mi padre, ni las amenazas para llevarme a una residencia por parte de la psicóloga del ayuntamiento. Nada. Ni nadie.

¿Qué me pasaba en ese entonces? Todo y nada. No podría echarle la culpa a nadie de lo que me pasaba solo sentía físicamente que NO podía moverme de mi cama, no podía ir al instituto. Solo la idea de ducharme y ponerme el uniforme causaban en mí una reacción intensa: dolor de tripa, dolor de cabeza, mareos por no decir que comenzaba a llorar como una magdalena.

En esa época también pensé en… pensé en… quitarme la vida. Todos estaban muy preocupados, los adultos me repetían

constantemente la misma pregunta: ¿ Te ha pasado algo? ¿Te han hecho algo? y decir que sí hubiese sido tan fácil. Pero no había pasado nada, solo me sentía sola, no hablaba con nadie, no aceptaba hablar con nadie, no quería a nadie cerca de mi.
Gracias a la paroxetina salí adelante. Así se llama el medicamento, que luego de muchas sesiones médicas, me dejaron. Ahora casi no lo necesito. Solo cuando me siento muy hundida. Como hoy.

Nada mejor para un domingo de bajón que una paroxetina y una coca zero. Best combo eva.

No estoy así solo por Lucía y el patético de Pablo. Hay un problema mayor que puede joderme esta vida que estoy creando y que tanto me gusta: para poder seguir en el equipo y tener posibilidades de pasar de curso tengo que aprobar matemáticas

Las matemáticas y yo nunca hemos sido amigas pero es que en este curso creo que tiene algo contra mi. Mi tutor me ha puesto un -1 en el último exámen. ¿Cómo puedo "deber" puntos en un examen? juro que no lo sé. Cuando le pregunté me dijo que esa era la nota que me merecía. Siento que me tiene manía. Entiendo que no soy la mejor estudiante, es más entiendo que puedo ser la peor pero tío ¿cómo puedes ponerme un -1?.

Mis pensamiento son interrumpidos por Sandra vía WhatsApp:
— ¿Qué haces Leo? -preguntó
— Pues pensar en que tengo que estudiar LOL.
-¿No será mejor estudiar en lugar de pensar en que tienes que estudiar?
— Puede. Pero no me da la cabeza. No entiendo nada.
— ¿Tienes clases? Si quieres hacemos una videollamada y te ayudo.
— No las tengo — dije. Espero que mi sinceridad sea tomada en cuenta cuando el profesor me ponga mi siguiente calificación.
— Ok no te preocupes –dijo Sandra muy segura del plan que me contaría a continuación.
— Conozco a alguien… Es un profesor de la Carlos III. Es un profesor privado que en su momento me ayudó a mi a entrar al

instituto. Recibí clases con él hace un par de años. Eso sí tienes que poder recibir clases en lugares con mucho ruido.
— ¿Acaso da clases en una discoteca? :) —dije haciendo la broma.
— Casi. Las da en el Mcdonalds de Moncloa… – dijo Sandra.
—¿ No me jodas tía es el tipo que pasa todas las tardes en el Mccafé rodeado de chicos? Ni de coña tía, ni de coña – dije sobresaltada.
—Pues sí es él y es un profesor TOP Leo. No te dejes llevar por las apariencias. Todo el mundo quiere recibir clases con él. No acepta gente que no sea de ingeniería o de matemáticas de la universidad pero yo tengo mis contactos y sé que podemos convencerlo de darte clase. ¿Qué dices?.
— Supongo que no me quedará de otra. ¿Cuándo vamos? Tengo el examen el próximo jueves - dije resignada.
— Mañana después del insti bajamos al Mc y hablamos con él.
— Perfe -dije mientras sonreía. No por las clases que recibiré que de seguro me costarán una pasta sino porque nunca había tenido una amiga tan maja que se preocupara por mí. Bueno nunca había tenido una amiga.

Dejé de hablar con Sandra y seguí escuchando a Gracie: "*taking down her hair like OMG*".

9. LA MESA BENDITA

Tal como habíamos quedado Sandra y yo nos encontramos en Fernández de los Ríos para bajar hacia Moncloa.

No había tenido una buena noche. Escuché a mi madre sollozar en su habitación mientras yo también tenía como algo que me oprimía el pecho. No sé cómo explicarlo: estaba feliz de haber ganado el partido pero sentía un dolor en el pecho porque sabía que luego de lo que pasó en el vestidor Lu no querría hablarme jamás y estaba perfecto, no quería estar con una pija que ve de menos a los demás pero me duele.

Entramos al McCafé y en la mesa del fondo estaba José. Creo que todo el barrio de Chamberí lo conoce, no por ser un súper profesor de mates sino por su obsesión por la mesa al lado de la puerta de vidrio.

Los chicos se amontonaban alrededor de su mesa con folios, bolis y calculadoras.

—¿Sandra y esas calculadoras tan raras?- dije mientras Sandra ponía sus ojos en blanco y hacía muecas que indicaban que quería matarme.
— ¿Es una broma no? -dijo Sandra sin volver sus ojos a la normalidad- Muestrame tu calculadora YA Leo.
Procedí a sacar de mi mochila mi calculadora rosa del Tedi. Me encanta mi calculadora, tiene unos botones color pastel preciosos y grandes.

—¿Me estás jodiendo Leo?¿En serio esta es tu calculadora? —dijo mientras sus mofletes se ponían rojos.
—Sí- respondí de manera muy ingenua- ¿Esto tiene algo de malo?

— Esa calculadora es una calculadora básica para niños de primaria… no es una calculadora científica que utiliza toda la gente con 3 dedos de frente. Te aseguro que ese -1 que te pusieron en el examen es por esto.

Las dos nos echamos a reír, en realidad me sentía avergonzada pero no era nada raro en mi haber pensado todo este tiempo que mi calculadora del Tedi estaba perfecta para la ESO.

José vio a Sandra e hizo un gesto de desaprobación. Sandra se acercó a él y de inmediato los chicos nos dejaron a solas con él. Sandra se puso a gritar en chino con él y José le respondía también en chino pero se le salía alguna palabra en castellano.

Solo logré entender: guatanlochin no me jodas lituouch gua y una mierda.

Sandra me escribió lo que dijo de mi pero me lo escribió en chino. Algo malo sería.
桑德拉，你知道我教你是因为你很优秀，但是这个女孩显然不会乘法。

— Esta chica tiene una calculadora de juguete Sandra. Y además tú sabes que solo doy clases a universitarios — dijo José mientras me miraba con desaprobación.

Sandra sacó una bolsa de caramelos de fresa de su bolso y se la entregó. Por su mirada intuyo que son sus preferidos y luego dijo:

— José es ella y otro amigo. Es verdad que ella va más atrasada pero me comprometo a ayudarle yo también. Piensa que tendrás el doble pago por tu hora de clase.

— Ufff Sandra, se le nota que no sabe ni las tablas - dijo mirándola a ella e ignorándome por completo.

— Te juro que se las aprende– dijo Sandra juntando sus manos a modo de súplica.

— ok, 20 cada uno. dos horas de clase mínimo a la semana- dijo mientras seguía fingiendo que yo no existía.

—¿ Te parece bien Leo? ¿20 cada clase? —dijo Sandra abriendo sus ojos lo más que podía.
—Si claro, perfecto– dije.

Cuando subimos por Fernando el Católico de regreso a nuestras casas mientras comíamos un helado vi del otro lado de la acera a Lucía. Mi corazón se aceleró. Mis manos comenzaron a sudar. No es su zona de "confort"ni mucho menos.

Pronto será la pausa de Navidad y quizás esta sea de las últimas veces que la vea.

10. MI PUNTO DE VISTA

Soy Lu, la del primer saque.Siempre he sabido que me gustan las chicas . He estado clara todo el tiempo, el único problema es que a pesar de haber nacido en la capital de la diversidad e ir a una escuela pública mis padres son las personas más homofóbicas del mundo.
Supongo que esto viene de familia, mi abuelo era un coronel de renombre en la época de Franco y mi padre y sus hermanos crecieron en un régimen muy estricto.

Los Martín siempre han sido muy reconocidos por ser muy rectos, por su trabajo duro y por ser la familia más respetable de la zona del Retiro. La oveja negra de la familia, la única que durante un tiempo hizo que mi abuelo no saliera de su casa, ni lo vieran en eventos sociales por dos años fue su hijo pequeño, mi tío, Abraham.
Mi tío Abraham está en sus treintas y decidió salir del closet el día de mi primera comunión. Es algo que jamás podré olvidar. Llegó a mi fiesta con su novio de la mano. Mi abuelo cayó al suelo de inmediato. Gritos. Ambulancias. Yo llorando en mi vestido blanco y viendo que mi ilusión de celebrar con mis amigas se iba al trasto.

Creí que la familia lo había superado. Hace 8 años de esto. Pero no. El verano pasado me enamoré por primera vez. Hannah, piel morena, ojos negros, cabello encrespado. Preciosa.

Cuando mi madre se enteró de que yo, su única hija, era gay y para colmo tenía una novia de color me quitó todo. A Hannah la echaron del instituto por acosarme -invento de los de la junta directiva que son amigos de mis padres-, yo jamás pude volver a caminar sola por

Madrid y el único momento en el que estaba con poca vigilancia era en el entreno de Volleyball.

Decidí que lo más fácil para mí era seguir el constructo social de mis padres, de mi familia, de mi grupo social. Me hice novia de Pablo, soy ahora la hija perfecta.

Pero apareció Leonor. Con su ímpetu. La vi por primera vez en aquel partido. Tenía un aire chulesco, la frente siempre levantada y podías sentir que miraba por encima del hombro. Una piel bronceada perfecta, como recién salida del mar. Un cabello largo, rizado con destellos de rubio asomados por muchos mechones rosas.

Si hubiese tenido que describir a la prota de una película de romance adolescente sería ella. Sus piernas firmes, se notaba que su cuerpo estaba bien esculpido.

Volví a sentir todo lo que había sentido la primera vez que me enamoré. Volví a sentirlo pero al 1000 porciento. Cuando toqué su mano sentí electricidad.

Besarla es por lo que vivo. Verla es mi hobby favorito. Sentí miles de mariposas en el estómago cuando nos besamos por primera vez.

Si mis padres se enteran de que salgo con ella tratarán de hacerle la vida imposible. Quiero olvidarla pero no puedo. La quiero demasiado aunque sea una prepotente, una pesada, una gilipollas.

11. MUDANZA

No podía dejar de pensar en Lu y en por qué estaba por mi barrio pero tenía que ayudarle a mi madre a preparar las cajas de la mudanza. Sí, al fin nos mudamos.
En realidad nos estamos mudando dos calles más abajo pero a un piso hermoso. Tienen un salón grande, chimenea y comedor. 3 habitaciones de buen tamaño y una terraza preciosa. Mi padre al fin accedió a hacer el cambio y mi mamá está muy emocionada. Creo que este es el paso previo al divorcio. Esto me emociona más que la mudanza, ver a mi madre ser libre y dejar a un ser ególatra que solo piensa en él.

Habíamos preparado todas las cajas del salón pero aún faltaban muchas más cosas por empacar y mi madre salió a comprar más cajas y papel al Tedi. Escuché un ruido en el salón pero pensé que mi madre había olvidado algo. Era ella. Estaba Lu parada en la puerta de mi cuarto.
—¿Qué haces aquí? - le dije sin dejar de doblar ropa y sin darle mucha importancia a su presencia.
— Hola, por lo menos no. ¿Podemos hablar?-dijo acercándose más a mi.
—¿Tenemos algo de qué hablar? - dije. Ahora mirándola fijamente.
— Mucho diría yo. Te extraño Leo - dijo viéndome con esa carita de ángel que me hacía temblar.
— Habla - le dije mientras seguía haciendo mis cosas para evitar darle importancia y para no mirarla directamente a los ojos. Su mirada me desarma.

— Por dónde puedo comenzar… Bueno en primer lugar te pido disculpas por lo de tu amiga china.
— Tiene nombre. Se llama Sandra- dije enfadada.

— Sí, sí esa. Lo siento. Me enfadé mucho y me sentía acorralada y solo se me ocurrió decir que ella me acosaba. Y Pablo protector…
—Para ahí por favor Lucía. ¿Te das cuenta que dañaste a alguien inocente por tapar tus mentiras? ¿Te das cuenta que la dañaste físicamente? Lucía a Sandra la golpearon y estabas ahí y lo permitiste. No puedo entenderlo. No eres quién yo pensaba.

Lucía seguía acercándose más a mí, sus ojos comenzaron a llenarse de agua. Mi mente me decía que era una manipuladora, que tuviera cuidado pero mi cuerpo me pedía abrazarla.

Estar enamorada es una mierda sobre todo cuando la persona a la que amas es una gilipolla de manual.

— No te acerques más Lucía. Quiero escucharte y entenderte. Todo el mundo se merece eso. Pero lo que le hiciste a mi amiga es lo más bajo del mundo. Como consejo para que seas una mejor persona deberías pedirle perdón.

— Leo, tú no entiendes, para tí es muy fácil… - dijo con lágrimas en los ojos.
— Por favor. Para ahí. No me digas que para mí todo es fácil. Nunca lo ha sido. Tú tienes tu vida resuelta, cero problemas.- dije manteniendo la distancia.
— Si te refieres a lo económico sí, pero no puedo ser yo Leo. Siento mucho lo de tu amiga, estuvo mal pero no puedo…
—¿No puedes? ¿No puedes pedir perdón? Bueno total yo solo fui un rollo. Mira que enterarme que tienes novio, que pasas con él los fines de semana, si vas a ser la bisexual suprema - hablaba mientras seguía doblando ropa.
— Bueno entiendo que no me quieras perdonar, solo quería hablar contigo. Yo no puedo dejar a Pablo, mientras esté con él todo estará tranquilo en mi casa -dijo Lucía mientras caminaba hacia fuera de mi cuarto.

— Cierra la puerta al salir- dije mientras giraba hacia el baño para darle tiempo de salir.

Luego de ayudar a los de la mudanza a llevar algunas cajas al portal y ver que mi madre se iba con ellos a mover algunas cosas decidí bajar a la papelería a comprar mi calculadora científica. No había mucho de donde escoger: todas negras, con muchos botones, números, lo único que cambiaba era el precio. Compré la más barata porque en esta casa no somos ricos. 16 euros. Casio. Vamos ojalá que sirva.

Jorge pasó por mi en su bicicleta y bajamos por Guzmán El Bueno hasta Princesa para tomar un café antes de dirigirnos a nuestra primera clase de mates.

— ¿Qué tal todo con Lucía? ¿Habéis vuelto? la vi pasar por tu casa esta tarde -dijo mientras pedía su café descafeinado (sus padres no le dejan tomar café real).

— Que cotilla eres Jorge…pues sí la ví pero cuando hablamos sobre lo que pasó con Sandra no la vi arrepentida, es más justificaba el golpe por salvarse ella. Así que nada. Todo igual - dije mientras pedía mi iced caramel macchiato con doble shot de expresso (se puede notar que a mi en mi casa me han enseñado a beber café desde pequeña).

No he contado que en aquel momento en el que pasé por una depresión muy grande y casi me llevan a una residencia por ausencias escolares mis padres decidieron que lo mejor era que me fuese a pasar unos meses con la hermana de mi madre que vive desde hace décadas en México. La pasé muy bien pero me di cuenta que mi sexualidad no era respetada, que quienes creían igual que yo tenía miedo de expresarse. Decir que eres gay es estigmatizante y a pesar de que yo me había sentido atrapada en Madrid sin ganas de hacer nada, comencé a darme cuenta que era una privilegiada por poder ser quien yo quisiera ser, por ser libre y le pedí a mis padres volver. Tardaron un poco en hacerme caso pero luego de unos meses estaba de vuelta.

Cuento esto porque al ir en bicicleta con Jorge tuve esa sensación de libertad, de independencia, de ser quien yo quiera ser sin miedo.

Quizás por eso no puedo entender a Lucía. ¿Cuál es su miedo? ¿Que digan que una cayetana es gay? por favor.

Mientras Jorge aparcaba su bmx vintage frente al McDonalds yo me encontré frente a frente con José que hacía una mirada de reprobación y fumaba un piti.

— Las cosas que uno hace por la pasta - me soltó mientras se giraba haciendo un gesto de negación.
A ver yo entiendo que no soy Einstein pero voy a poner de mi parte para poder sacar buenas notas. Así que ahí estábamos Jorge y yo desembolsando 20 dólares cada uno, sentados en la mesa de la esquina del Mc de Moncloa intentando obviar los gritos, la música, el ruido de los autobuses y tratando de centrarnos en lo que José nos decía: En un museo, la visita es guiada y entran 25 personas cada 25 minutos. La visita dura 90 minutos. El primer grupo entra a las 9.00. a) ¿Cuántos visitantes hay dentro del museo a las 10.00? b) ¿Cuántos hay a las 11.15? . Yo volvía a ver a Jorge para que me ayudara un poco pero no había manera. Jorge no volvió a verme. ¿Cómo iba a saber yo cuanta gente entraba al puto Museo? ¿Acaso soy TicketMaster? pues no.

— Chica tienes que calcular cuánto tiempo ha pasado y luego ver cuántos espacios de 25 minutos hay- dijo José mientras tocaba su oreja y contaba uno a uno sus piercings.

Luego de una hora infernal en la que al fin pude entender lo que tenía que hacer estaba agotada pero al girarme ahí estaba Sandra esperando con dos helados de vainilla.

— Chicos os habéis ganado vuestro helado- dijo sonriendo mientras saltaba de lado a lado.

Luego de esto tenía que volver a casa para seguir ayudando.

12. ENTRE CAJAS Y PROMESAS

La mudanza tiene un olor concreto: cartón pisoteado, ropa empaquetada, y esa mezcla de limpiador barato con algo que intenta oler a nuevo. Mi madre decía que mudarse era empezar de cero. Yo no le creí nunca hasta hoy, cuando abrí una caja y encontré una foto mía de cuando tenía siete años, con mi madre sosteniéndome y la sonrisa más honesta que jamás le había visto. Me dolió y me dio risa al mismo tiempo, así que la dejé sobre la mesa como si fuese un adorno sospechoso.

La casa de más arriba, siempre en Chamberí nos había tratado bien y mal a la vez. Habíamos vivido ahí los mejores y peores veranos; el techo nos regresaba la voz cuando gritábamos, y los insectos nos sabían por las tardes de agosto. El nuevo apartamento era más fino en los papeles: menos polvo, más fachadas sin goteras, y un edificio con portero que olía a colonia de hotel. ¿Ironía? Sí. Habíamos pasado años con las manos vacías y, de pronto, teníamos instrucciones para poner la lavadora. Todo era contradictorio en esta mudanza.

—Leo, deja esa caja ya, por favor —dijo mamá por enésima vez—. Es frágil.
—¿Qué hay de frágil en mis discos de Arctic Monkeys? —pregunté, apoyando la caja en la pared.
—Tu corazón —respondió ella, y por un segundo miré su cara y vi que no bromeaba.

Natalia me traía y me llevaba las cosas con su precisión de bailarina. Tenía una lista con colores de cajas: ropa, libros, cajas con cosas que ‘no tirar’ y una llamada categoría “recuerdos importantes” que incluía una carta que mi padre me había escrito (esa que dice "sé

fuerte" y luego se va a Alemania por trabajo) y una medalla de natación de cuando Natalia tenía ocho años y aún creía que iba a ser olímpica.

—¿Te lo vas a quedar todo? —preguntó, cogiendo un montón de camisetas rosas que yo juraría que me había prestado al nacer.

—Qué dices, si solo son mis siete sudaderas favoritos —respondí.
Ella suspiró, como si tuviera paciencia infinita para mis cosas absurdas. Hay un tipo de amor que es la paciencia, y creo que lo veo en mi hermana.

La mudanza también significa caras nuevas en tu puerta: vecinos que no conoces, porteros que te miran con curiosidad y gente que te pregunta si «ya está todo el papeleo en regla». Para nosotros, mudarnos era más una supervivencia que un cambio estético. Mi madre abrió la caja con las facturas y las guardó en el sitio donde guardaba también las cosas para Cáritas, como si el orden fuese una medicina.

No voy a mentir: el rumor de la mudanza había llegado a Lu. Las cosas pequeñas se vuelven enormes si la persona correcta las sabe. Y en mi caso, Lu era la persona correcta y la más peligrosa a la vez. Después de lo de Sandra y el partido, había habido una tregua incómoda: mensajes cortos, miradas el mismo día del entrenamiento que parecían interrogatorios, y un beso —uno de esos que te prometen y te destrozan a la vez— que habíamos dado en la cancha bajo la lluvia de la tarde. Era confuso el continuo entre quererla y no saber a qué jugábamos.

—¿Cómo llevas lo de la mudanza? —preguntó Sandra entrando con una bolsa de merienda como si fuéramos de picnic y no a levantar cajas.
—Con calma, con cajas y con menos paciencia de la que creía tener.
Ella se situó en la cocina como si fuese suya y sacó un tupper con croquetas. —¿Quieres una? Podría decir que las hizo mi abuelo pero

mi abuela está en China y no la conozco. Estás son del Supercor pero están delis.

A veces pienso que Sandra fue el regalo inesperado de todo esto: más chicle que problemas, una risa alta que te anima aunque no quieras, y una amistad que no pide permiso.

Jorge apareció con su patinete, como siempre preguntando por dónde podía entrar para ayudar. —Traje mi caja de herramientas mental —anunció, y yo me reí sin querer porque necesitaba reír.

—¿Crees que puedes sostener esa caja? —le pedí, y sin discusión la cogió como si se tratará de la caja del Nobel. Él hace esas cosas: actúa con un dramatismo de supermercado pero al final siempre sostiene la caja que tú no puedes.

Mientras movíamos cosas, mi madre y yo tuvimos una charla que se parecía a dar instrucciones médicas:

—¿Has pensado en lo del instituto, corazón? —preguntó con esa mirada que mezcla la exigencia y la esperanza.
—Sí, ya mandé el formulario —respondí—. Voy a presentarme.
—Tu padre estaría orgulloso —dijo, y algo en su voz se quebró.
No supe si decirle que no tenía idea de si eso era cierto o es lo que ella quería creer. Cuando le contó que yo quería cambiar de instituto no respondió. Típico en él. Me quedé callada. A veces el silencio también habla, y hoy el mío decía: no quiero arruinar el momento.

Las cajas se amontonaban en el salón como islas. Entre una caja de libros viejos apareció una entrada a un partido, y en el lomo de un libro encontré la nota que había escrito para mí misma en septiembre: *No dejes que te definan por lo que te falta.* Me di cuenta de que, en algún lugar del caos, había intentado construir una blueprint para mi vida. No era perfecta, pero era mía. La guardé en el bolsillo y la mirada de mamá se cruzó con la mía. Fue como compartir un secreto sin decir nada.

Esa tarde, cuando ya habíamos dejado las cosas en el piso nuevo, decidí ir a entrenar. Necesitaba ver la cancha, respirar aire que me dijera que algunas cosas siguen igual. El canal estaba iluminado por una luz triste de otoño y la gente corría como si corriera hacia un lugar que no existe. El entrenador Luis me vio y no dijo nada, solo me señaló que me tocaba ejercicio. Yo hice un par de saques con la zurda por costumbre y cuando miré hacia la grada, la vi: Lucía. Estaba apoyada en la baranda, con bufanda y esa sonrisa pequeña que me había matado tantas veces. No traía el uniforme, pero traía esa manera de estar que hace que todo lo que no sea ella sea ruido.

—Hola —dije sin querer sonar idéntica a mi propio latido.
—Hola —respondió—

Hablamos de nada, que es donde se guardan las conversaciones reales: de películas malas, de música que odiábamos.

—Siento todo lo que ha pasado—dijo en un momento—. No sabía que te iba a afectar tanto. Afectarnos…

—No me afectó solo a mi —dije—.

—Sí. —Se quedó callada—. Lo siento.

—¿vas a decir la verdad? ¿Vas a pedir perdón a Sandra? —pregunté.

Ella me miró como si pesara las palabras. —Es súper complicado. Siento que entiendes mi mundo, las cosas que no puedo contar o hacer. Mi vida se puede romper.

Por primera vez, sentí indiferencia hacia ella. No podía entenderla. No podía entender su mundo, no. Pero también volví a sentir miedo. Porque amar a alguien que no se deja ver del todo, que engaña, que le hace mal a otras personas es un acto que a veces quema.

Jorge apareció en la cancha como un oficial de seguridad afectivo.

—¡Atención! —anunció al vernos—. Alertas de ternura detectadas. ¿Se puede saber si estamos frente a un reencuentro?

Sandra lo siguió con bolsas de donuts, porque ella es eso: la persona que cree que la comida arregla la política internacional.
—No es un reencuentro, es… una conversación adulta con un toque de drama —respondí, y los dos se sentaron en el bordillo como si fueran parte de un público.

Sandra veía con miedo a Lucía y yo la ví pensando que era el momento ideal para que pidiese perdón.

— Lu, ¿tenías algo que decirle a Sandra? — dije, dejando el camino abierto para que Lucia pidiese perdón.

—No. La verdad tengo que irme —dijo Lucía.
—Sí. —Contesté—vete y no vuelvas.
Ella rió. —Nunca vas a entender dijo frente a mis amigos.
—Nunca—respondí—. No puedes ser otra persona por mí. No sé si puedo seguir queriende a la persona que eres.
—Prometo intentarlo —dijo, y por un segundo creí en la promesa.

A la vuelta, pasé por casa porque quería ver cómo quedaba mi cuarto con las cajas colocadas. Natalia había puesto una planta en mi ventana y un cartel que decía *Sigue sonriendo* pegado con celo. Mi hermana tiene una habilidad para colocar banderas de esperanza incluso cuando todo parece gris.

—Toma —dijo, ofreciéndome una taza de chocolate—. Por el espíritu de la familia.
—¿Cuál espíritu? —pregunté.
—El que repara y el que no deja a nadie solo. —Me miró con esa certeza que solo tienen las personas jóvenes que creen en muchas cosas.
La abracé. No hace falta decir más. A veces, un abrazo es más que un argumento racional para seguir.

Esa noche me quedé despierta. Ordené las cosas en cajones, dejé a un lado la foto con mi madre y la medalla de Natalia. Puse los discos en un estante. Y me encontré con un mensaje en mi móvil de Lucía: *"Lo siento por hoy. Mañana te invito a cenar. No a algo formal, solo a una pizza y hablar."*
No respondí de inmediato. Guardé el teléfono en el cajón y lo cerré con llave, como si el silencio pudiera ser un acuerdo tácito para pensar.

Antes de dormirme, pensé en el significado de mudanza: mover cosas de un sitio a otro para crear un espacio nuevo. Me pregunté si también podíamos mudarnos por dentro, dejar cajas llenas de lo que nos pesa y abrir puertas a algo que no sabemos nombrar. Me preocupó la idea de que lo que dejáramos en esas cajas fueran las inseguridades y no las cosas buenas.

Al día siguiente, cuando llegaron Sandra, Jorge para ayudar con lo que quedaba, la casa olía a pan tostado porque mi madre había decidido que éramos más fuertes si desayunábamos juntas en la mesa nueva. Hablamos de cualquier cosa: de tareas, de exámenes, de si la planta que puso Natalia viviría o moriría. Reí de verdad por primera vez en días. Jorge comentó sobre la posibilidad de que uno de nosotros fuera a la liga regional del vóley y Sandra comenzó a planear su "crew" de estudio, que prometía ser más ruidoso que productivo.

Lucía no apareció en todo el día, lo que me dio tiempo para ordenar mis pensamientos. La mudanza me había enseñado una cosa: no puedes construir una casa si antes no quitas las piedras grandes. Pensé en las piedras que llevaba dentro: la desconfianza, el miedo a no ser suficiente, la necesidad de que alguien te diga que vales. Quería, por una vez, intentar limpiar esas piedras de forma honesta.

Esa tarde, cuando el sol empezaba a esconderse entre edificios que ahora parecían menos amenazantes, mi móvil vibró: *"¿Te paso a buscar para cenar?* — decía. Había puntos suspensivos después.

Respiré. *"Sí"* escribí. Lo envié y apreté el móvil como si cerrara un trato.

En la puerta, ella parada con un top negro y vaqueros. Era hermosa, realmente hermosa. Caminamos hacia abajo, hacia Gaztambide. Entramos a Grosso Napoletano. Conozco esta pizzería porque a Sandra le hace mucha ilusión saber que Jacob Elordi, cuando vino a Madrid comió aquí. Ella y sus crushes.

La ciudad nos envolvió en su ruido de fondo: coches, risas, el ladrido ocasional de un perro que cree que está protagonizando una película. Nos llevaron nuestra pizza margarita que olía a queso quemado, a cosas simples que saben a hogar.

Nos miramos. No hubo grandes discursos, ni promesas que sabían a niña. Solo la pizza, la noche, y la honestidad de dos cuerpos que ya no podían fingir. Hablamos de lo que pasó, de lo que cada una había sentido, de las pequeñas traiciones de la vida. Ella habló de sus miedos: del qué dirán, de las discusiones con sus padres, de la presión. Yo hablé de la sensación de haberme convertido en un objeto en una discoteca, de cómo ese beso con otro chico me había herido.

En un momento, nos quedamos en silencio y se acercó. No sé si fue por la noche, por el queso, o por todas las promesas pequeñas que todavía tenía en la garganta, pero me besó.

No fue un beso de película. Fue un beso con gustito a pizza fría, a madera de banco y a la ciudad. Fue un beso que me dijo que aún podía herirme, pero que aún podía sanar. Cuando se separó, su mirada no buscó mi rostro con firmeza; buscó permiso. Y ahí estaba la diferencia: entre pedir y dar, entre saber y fingir. Me quedé sin aire pero con algo nuevo: una sospecha de que quizá, si somos sinceras, podemos ser nosotras sin tanto ruido.

La noche terminó sin grandes aplausos. Nos despedimos con una promesa pequeña: vernos al día siguiente en el entreno, como si lo

cotidiano fuera un gesto de coraje. Volví a casa y miré las cajas que todavía quedaban. La mudanza no se había acabado, pero algo, en mi pecho, había cambiado.

Guardé la foto de mi infancia en la mesilla y me dormí con la sensación extraña de que habíamos movido algo más que muebles. Habíamos movido un pedazo de miedo. Mañana sería otro día, con cajas aún por abrir y con la posibilidad de que las promesas no sean eternas, pero que quizás valga la pena intentarlo.

Los días pasaron y las cosas comenzaban a verse mejor de lo que yo esperaba: estaba entendiendo mates,saqué mejores calificaciones, el profesor que me había puesto el -1 tuvo que ausentarse porque su padre se quebró una pierna (yo le hice un congelamiento pero de eso hablamos en otra ocasión) y el profe sustituto era majísimo y explicaba bien, nuestro nuevo piso era acogedor y tenía ascensor, mis entrenos de voley eran increíbles, las chicas del equipo se habían hecho mis amigas y los viernes íbamos todas a comer al telepizza de Francos Rodríguez, se unían a nosotros Sandra, Jorge y más chicos del insti.

13. LOS ENSAYOS PARA SER NOSOTROS

Nunca pensé que estudiar pudiera parecer un acto de resistencia. Pero aquí estamos: tres idiotas en la mesa de mi cocina, rodeados de libros, apuntes, galletas medio masticadas y una vela aromática que Sandra trajo "para atraer la concentración".
No estoy segura de si la vela sirve, pero al menos huele a algo que no es frustración.

Sandra está recostada en la silla, con un lápiz en la boca como si fuera un cigarro. Jorge tiene los auriculares puestos, pero sin música, solo para que nadie le pida nada. Y yo… Bueno, yo estoy fingiendo que entiendo un texto de Rousseau sobre el contrato social mientras pienso que Lucía no me ha escrito en dos días.

—No entiendo cómo puedes estudiar filosofía y tener el corazón roto a la vez —dice Sandra, sin levantar la vista de su cuaderno.
—Se llama multitasking emocional —respondo—. Deberían enseñarlo en los colegios.
—No, deberían prohibirlo. —añade Jorge—. Es más peligroso que TikTok.

Sandra suspira, exagerada.
—No lo entiendes, Jorge. Las emociones hacen que el conocimiento fluya.
—Y también hacen que uno se quede pegado a la pantalla del móvil esperando un mensaje —dice él, sin mirarme pero mirándome igual.
Lo odio un poco por tener razón.

Hemos pasado las últimas tres semanas preparando el examen de acceso al Beatriz Galindo.
Sandra, que ya estudia ahí y parece tener un cerebro de 16GB, se autoproclamó nuestra tutora.

Jorge dice que solo viene porque "toda revolución necesita un líder espiritual", y según él, ese es su papel.
Yo vengo porque no quiero defraudarme otra vez.

—Vale, repaso de francés. —dice Sandra con su energía de profesora del siglo XIX—. Conjuga el verbo *être* en presente.
—Je suis, tu es, il est, nous sommes, vous êtes, ils sont —respondo casi sin pensar.
—¡Perfecto! —dice, entusiasmada—. Ahora Jorge.
—¿Yo? ¿Por qué yo? —protesta.
—Porque si te quedas mirando al techo te va a caer una gota de sabiduría en la cabeza.
Él sonríe, resignado.
—Je suis un desastre, tu es insupportable, il est impossible, nous sommes foutus, vous êtes témoins, ils sont perdus.
Sandra se lleva las manos a la cara.
—Tienes talento para convertir cada idioma en drama, tío.
—Es mi don —dice Jorge—. Y mi condena.

A veces los miro y me pregunto cómo llegamos a esto.
Hace unos meses no tenía a nadie.
Ni siquiera me tenía a mí misma.
Ahora los tengo a ellos, con su caos, sus rarezas y su humor que roza el absurdo.
Y aunque no lo diga en voz alta, los quiero.

—Leo, ¿puedo hacerte una pregunta? —dice Sandra, de pronto seria.
—No sé, ¿involucra matemáticas?
—No. Es sobre ti.
Mierda.
—Vale, dispara.
—¿Por qué quieres entrar al Galindo? En serio, ¿por qué?
Me quedo callada un momento.
Podría mentir y decir "por Lucía", pero ya no sé si eso sigue siendo

verdad.
—Porque quiero ver si puedo —digo al fin.
Sandra asiente, como si esa respuesta le bastara.
Jorge me lanza una mirada de esas que dicen *te entiendo, pero no lo voy a decir en voz alta*.
Y por primera vez, el silencio entre nosotros no pesa.

A las dos horas, estamos agotados.
Sandra ha hecho un esquema con rotuladores de colores que parece una obra de arte moderna.
Jorge ha dibujado un dinosaurio en la esquina de su examen de práctica.
Y yo he subrayado tanto que mi libro parece un semáforo.

—Necesito azúcar —dice Sandra, tirándose hacia atrás en la silla—. Mi cerebro se ha ido a huelga.
—Tu cerebro nació sindicalista —responde Jorge.
—Y el tuyo nació en vacaciones permanentes —replica ella, lanzándole un trozo de galleta.
Yo los observo y sonrío sin querer.
El caos entre ellos es, de alguna forma, lo más estable que tengo.

—A veces pienso —digo, rompiendo la guerra de galletas— que somos como una especie de club secreto.
—¿Club de qué? —pregunta Jorge.
—Del fracaso con estilo —respondo.
Sandra ríe—. Pues somos los más glamourosos de la lista.
—Y los más tercos —añade Jorge—.
—Y los más vivos —digo yo.
Nos quedamos callados un segundo, como si esa frase tuviera más peso del que parece.

A la hora de comer, mi madre entra en la cocina.
Trae una bandeja con tortilla y un gesto que mezcla orgullo y agotamiento.
—Madre mía, parece que habéis abierto una academia aquí —dice.

—Lo estamos intentando —responde Sandra con una sonrisa tan dulce que mi madre la adopta al instante.
—¿Y tú, Jorge? —pregunta mamá—. ¿También vas a presentarte?
—Si, señora. Aunque yo solo vengo por la comida y por Leo.
—Ah —dice mamá, arqueando una ceja—. Por Leo, claro.
Sandra se ríe. Yo le lanzo una mirada asesina a Jorge, que finge inocencia.
Mi madre deja los platos y nos dice:
—Estoy muy orgullosa de ti, Leo. —Y se va antes de que pueda contestarle.
No sé si lo dice porque lo siente o porque le da miedo que me rinda.
Pero me hizo bien escucharlo.

Más tarde, salimos a dar una vuelta para despejarnos.
El aire de la tarde huele a cambio, a esas cosas que no sabes si empiezan o terminan.
Nos sentamos en el parque, en el mismo banco donde antes lloraba sola.
Ahora hay risas.
Sandra se acomoda entre nosotros, con los pies en el respaldo, sin preocuparse por la decencia pública.
Jorge observa el cielo, como si esperara respuestas entre las nubes.

—¿Sabéis qué pienso? —dice, después de un rato.
—Que el capitalismo es una trampa —responde Sandra.
—Eso siempre —dice él—, pero también que la adolescencia es una especie de ensayo general para aprender a perder cosas.
—Qué optimista —digo.
—No, en serio —continúa—. Perdemos tiempo, amigos, versiones nuestras que ya no existen. Pero igual seguimos aquí.
—Y luego crecemos y seguimos perdiendo —añade Sandra—.
—Pero al menos perdemos juntos —respondo.

Se hace silencio. De esos bonitos.
El sol se esconde entre los edificios y el aire se vuelve más frío.

Sandra apoya la cabeza en mi hombro.
Jorge saca una bolsita de chuches y las reparte sin decir nada.
Y por un momento, todo está bien.

Esa noche seguimos repasando en mi casa.
Mi madre y Natalia nos preparan chocolate caliente "por los nervios".
Sandra lee en voz alta un poema en francés que ni entiende, y Jorge improvisa una traducción que acaba en tragedia:
—"Elle est la lune de ma nuit"… —traduce— significa "ella es la multa de mi noche".
—No, idiota —dice Sandra entre risas—, "la luna", no "la multa".
—Bueno, depende de a quién ames —digo yo—. A veces el amor sí es una multa.
Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que Jorge rompe el momento con una carcajada.
Y agradezco que lo haga. No quiero pensar en Lucía ahora.
No quiero pensar en nada que duela.

El día antes del examen, quedamos otra vez.
Llevamos nuestros apuntes al parque, como si el aire libre pudiera darnos suerte.
Sandra ha hecho pulseras con hilos de colores para los tres.
—Verde para la esperanza, rojo para la fuerza, azul para que no os dé un ataque de pánico —dice mientras las reparte.
—¿Y tú cuál llevas? —pregunto.
—Todas. Yo soy el talismán. —Responde con orgullo.

Jorge me mira y dice:
—Cuando esto acabe, deberíamos hacer un pacto.
—¿De sangre? —pregunta Sandra, emocionada.
—No, de amistad.
—Eso suena cursi —digo yo.
—Sí —dice él—, pero también necesario.
Nos miramos y, sin pensarlo mucho, los tres chocamos los puños.
—Pase lo que pase mañana —dice Jorge—, prometemos no

desaparecer.
—Ni dejar que el miedo nos haga pequeños —añade Sandra.
—Ni olvidar que estuvimos aquí —digo yo.

Nos quedamos callados.
En ese momento supe que, aunque suspendiera el examen, ya había ganado algo.
No un trofeo, ni un título.
Algo más raro y más valioso: gente que se queda.

Esa noche, antes de dormir, revisé los apuntes una última vez.
Me encontré una nota en el margen que no recordaba haber escrito:
"La vida no se aprueba, se sobrevive."
Sonreí.
Quizás tenía razón.

Apagué la luz.
El silencio de la habitación se llenó de voces imaginarias: las risas de Sandra, los chistes de Jorge, el eco de mi madre diciendo que estaba orgullosa.
Y por primera vez, no me sentí sola.
Ni perdida.
Ni rota.

Solo… en pausa.
Esperando el siguiente saque.

14. EL DÍA DESPUÉS

El examen terminó y, sinceramente, creo que perdí el 80 % de mis neuronas en el proceso.
Salimos del aula como si viniéramos de una guerra: en silencio, despeinados, y con esa mirada de *"¿qué fue eso?"* que solo tienen los adolescentes después de algo que cambia demasiado y demasiado rápido.

Sandra fue la primera en hablar.
—Si Rousseau se levanta de su tumba,os mata.
—Si Rousseau se levanta de su tumba, yo le pido que me adopte —dijo Jorge—, porque seguro que cocina mejor que el comedor del instituto.
Yo no dije nada.
Solo miré mis manos, que todavía temblaban un poco.

El aula olía a papel húmedo y estrés colectivo. El tipo del examen nos había dicho *"tranquilos, es solo una prueba"* como si eso ayudara.
La gente salía riendo, llorando o revisando respuestas. Yo quería desaparecer.

Sandra me puso la mano en el hombro.
—Ey. Ya está. Se acabó.
—¿Seguro? —pregunté, medio en broma.
—Bueno… falta que aprueben. Pero emocionalmente, sí.
Jorge nos miró con solemnidad ridícula.
—Propongo que hagamos una ofrenda simbólica.
—¿A quién? —pregunté.
—A nuestra cordura. Que descanse en paz.

Nos echamos a reír. Fue una risa torpe, nerviosa, pero real.
De esas que te salvan un poco.

Después fuimos por churros.
Sandra decía que el azúcar es "la venganza del cerebro".
Jorge insistió en pagar, aunque el camarero lo miró con cara de *"tú tienes dieciséis años, chaval"*.
Nos sentamos afuera, con el sol pegando en la mesa, y por un momento todo se sintió ligero.

—¿Qué haréis si os aprueban? —preguntó Sandra, mojando un churro en el chocolate.
—Dormir —dijo Jorge sin dudar.
—Yo también —respondí—. Dormir y no pensar en nada.
—Yo quisiera un verano normal con vosotros —dijo Sandra—. Ir a la playa, no estudiar, no dramatizar.
—Eso no existe —dije.
—Entonces inventémoslo —contestó ella.

Nos quedamos un rato ahí, riendo, contándonos tonterías.
Y aunque no lo dije, dentro de mí algo se movía.
Había una paz extraña, como si todo lo que había pasado —el dolor, las mudanzas, los besos, los silencios— tuviera sentido solo por llegar a este punto.

Cuando llegué a casa, mi madre ya sabía que había terminado.
Tenía preparado un plato enorme de pasta y la sonrisa más orgullosa del mundo.
—¿Cómo te fue? —preguntó.
—Sobreviví.
—Eso ya es suficiente.
Comimos en silencio. Natalia me miraba con cara de hermana que ha estado tomando notas de mi vida como si fuera una serie.
—¿Y ahora qué? —preguntó.
—Ahora… no sé.
—Eso también está bien —dijo ella, con su sabiduría de hermana menor.

Por la tarde, decidí salir a caminar.
El aire estaba tibio y la ciudad tenía esa calma de domingo aunque fuera jueves.
Me puse los auriculares, pero no puse música.
Solo quería escuchar mis pasos.

Pasé por el canal, por costumbre.
Era como visitar una versión anterior de mí misma.
El campo de vóley estaba vacío, el sol se escondía entre los árboles y el agua reflejaba tonos naranjas, casi tristes.
Y entonces la vi.

Lucía.
De pie, junto a la red, con el pelo recogido y esa misma chaqueta que llevaba el día que nos conocimos.
Por un momento pensé en dar media vuelta.
Pero mis pies decidieron otra cosa.

—Hola —dije, al llegar.
—Hola —respondió.
Su voz tenía esa mezcla de timidez y nostalgia que duele un poco.
—¿Vienes a entrenar?
—No. —Sonrió apenas—. Solo… necesitaba venir.
—Yo también.

Nos quedamos calladas.
El viento movía la red, como si quisiera decir algo por nosotras.

—¿Cómo fue el examen? —preguntó.
—Una catástrofe con esperanza.
—Eso suena a ti. —dijo, sonriendo más abiertamente.
—¿Y tú? —pregunté.
—Yo… dejé el equipo.
Me quedé quieta.
—¿Por qué?
—Porque estaba entrenando para gustarles a todos menos a mí.

No supe qué decir.
Había demasiadas respuestas posibles, y ninguna era suficiente.

—He pensado mucho en ti, Leo —continuó—. En todo.
—¿En todo todo? —pregunté, con una media sonrisa.
—En el beso. En la pelea. En lo que dijimos.
—Y en lo que no dijimos —añadí.
Ella asintió.
—No sé si merezco otra oportunidad.
—No es cuestión de merecer —le dije—. Es cuestión de querer.

Lucía dio un paso hacia mí.
Y por primera vez, no parecía segura de nada.
—Yo quiero. Pero también tengo miedo.
—Bienvenida al club. —dije.

Nos reímos, suave.
El tipo de risa que suena como un perdón que no se nombra.

Ella se acercó más.
Tanto que pude ver el brillo en sus ojos.
—¿Y ahora qué? —susurró.
—No lo sé. —contesté.
Y antes de poder pensarlo más, nos besamos.

No fue un beso de película.
Fue uno de esos besos que llegan tarde, que no resuelven nada pero lo dicen todo.
Su boca sabía a despedida, y a promesa, y a todo lo que podría haber sido.

Cuando nos separamos, no hubo palabras.
Solo miradas.
Y la sensación de que tal vez, solo tal vez, no era el final.

Lucía respiró hondo.
—Me alegra que hayas hecho el examen.

—Me alegra que hayas venido.
—Siempre vengo —dijo, y se fue caminando hacia el otro lado del canal.

La vi alejarse hasta que desapareció.
Y entonces me senté en la arena, sola, pero en paz.

Más tarde, me llegó un mensaje.
Era Sandra.

> **Sandra:** "Jorge dice que si aprobais, hacemos fiesta. Si no, también."
> **Yo:** "Trato hecho."

Miré el cielo.
La tarde se estaba apagando.
Y pensé que, tal vez, eso era crecer: aprender a estar entre lo que termina y lo que empieza, sin romperse del todo.

Respiré hondo.
Por primera vez, no sentí el miedo de antes.
Solo una certeza pequeña: aún quedaban saques por hacer.

15. EL SILENCIO ENTRE LOS SAQUES

No sé en qué momento todo empezó a ir un poco más despacio.
Tal vez fue después del examen, o después del beso, o después de aceptar que no todo tiene que doler para ser importante.
El caso es que los días empezaron a tener otro ritmo.
El ruido se volvió más suave.
Y por primera vez, sentí que podía respirar sin miedo a romper algo.

El verano llegó sin pedir permiso.
Las clases habían terminado, los horarios se disolvían, y la vida parecía moverse a cámara lenta.
Sandra se fue una semana a Granada donde unos amigos chinos, prometiendo volver con "energía solar y chismes rurales".
Jorge consiguió trabajo en una tienda de bicicletas, aunque sigue sin saber cambiar una rueda.
Y yo… bueno, yo me dediqué a existir.

A veces iba al canal, sola, solo para mirar el agua.
El lugar estaba vacío, pero todavía quedaban huellas en la arena.
Las nuestras.
Las de Lucía.
No sabía si volvería a verla pronto, pero tampoco sentía esa urgencia de antes.
Quizás porque había entendido algo que antes no podía:
no siempre se trata de retener.
A veces basta con haber coincidido.

Una tarde, mientras ordenaba mis cuadernos del examen, encontré una hoja suelta.
Era de Sandra.
Su letra era una mezcla entre cirílico y jeroglífico, pero se leía esto:

"Las cosas no se terminan cuando acaban.
Se terminan cuando dejamos de recordarlas."

Me quedé mirando esa frase mucho rato.
Y pensé en todo lo que no quiero olvidar:
la risa de Jorge, la voz de mi madre cuando dice que está orgullosa sin entender muy bien por qué,
el silencio compartido con Lucía,
la paciencia de Natalia,
la pizza fría en la plaza, La compañía de Sandra,
los días que creí no poder con nada… y aún así seguí.

A veces pienso que el amor —en cualquiera de sus formas— es eso: seguir.
No perfecto.
No constante.
Solo seguir.

Una mañana, mi madre me despertó con la carta del Beatriz Galindo en la mano.
—Llegó.
No tuve ni que abrirla.
Su cara lo decía todo.
—¿Aprobaste? —gritó Natalia desde el pasillo.
—Sí.
Y fue raro.
Porque en vez de saltar, llorar o gritar, me quedé quieta.
Tranquila.
Como si algo dentro de mí hubiera estado preparado para esto desde hacía tiempo.

Llamé a Sandra y Jorge.
Los dos chillaron tanto que tuve que alejar el móvil.
Sandra prometió traer confeti.
Jorge dijo que era "la victoria del proletariado".
Yo solo sonreí.

Esa tarde, fui a hacerme el septum. Me lo había ganado macho. Y luego al canal una última vez.
Llevaba conmigo una caja pequeña con cosas que quería dejar atrás:
una entrada arrugada de la discoteca,
un mechón de pelo que Lucía me había cortado cuando nos reímos hasta llorar,
la nota que escribí la noche que pensé que todo se había terminado.
No era una ceremonia triste, sino una manera de decir: *gracias, pero ya está.*

Me senté en el borde del campo y cerré los ojos.
El viento soplaba como si me entendiera.
Y en ese momento, recordé algo que Lucía me dijo una vez:
—"No sé si somos el principio o el final."
Creo que ahora tengo la respuesta:
Éramos el *mientras tanto*.
Y eso también vale.

Cuando abrí los ojos, ella estaba ahí.
De pie, al otro lado del campo, como si el universo tuviera un sentido del humor cruel.
Llevaba un libro en la mano y esa sonrisa pequeña que siempre me desarma.
No se acercó.
Tampoco yo.
Solo nos miramos, desde lejos.
Y entendí que a veces, eso es suficiente.

No necesito saber qué somos.
No necesito un final de película.
Solo necesito saber que existió.
Que, aunque el amor no siempre se quede, deja marcas que se parecen mucho a la luz.

Esa noche, escribí en mi cuaderno una frase nueva.
No sé si es el inicio de otra historia o solo una forma de despedirme:

> "Hay besos que no se repiten, pero siguen vibrando en el aire cada vez que respiras."

Y con eso, cerré el cuaderno.
Apagué la luz.
Y me dormí sabiendo que, de alguna forma, todavía queda mucho por contar.